

BOLSILIBROS

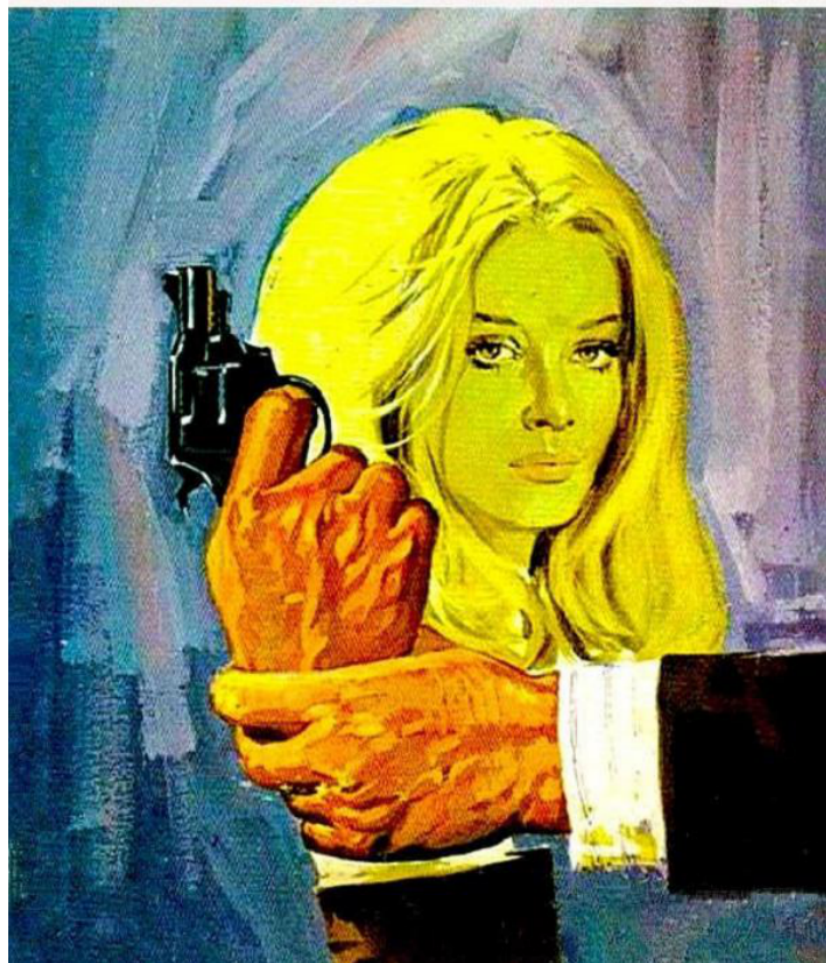


SERVICIO SECRETO



huracán de violencia

burton hare



—Usted es el hombre indicado para este trabajo, Crane.

—¿Por qué yo? Acabo de regresar y tengo derecho a un descanso.

El hombre sentado al otro lado de la mesa soltó un gruñido.

—Usted habla español perfectamente. Conoce a las gentes del Sur..., especialmente al elemento femenino del Sur, si mis informes son ciertos.

—Déjese de chistes. Conozco mujeres en todas las partes del mundo, pero eso no me obliga a aceptar misiones en todos los países en que...



Burton Hare

Huracán de violencia

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1151

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2019

Título original: *Huracán de violencia*
Burton Hare, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Usted es el hombre indicado para este trabajo, Crane.

—¿Por qué yo? Acabo de regresar y tengo derecho a un descanso.

El hombre sentado al otro lado de la mesa soltó un gruñido.

—Usted habla español perfectamente. Conoce a las gentes del Sur..., especialmente al elemento femenino del Sur, si mis informes son ciertos.

—Déjese de chistes. Conozco mujeres en todas las partes del mundo, pero eso no me obliga a aceptar misiones en todos los países en que...

—Pero aceptará ésta, Crane.

La voz del hombre no admitía réplica.

De modo que Steve Crane no replicó. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Saldrá esta misma noche. Tiene pasaje reservado en el avión de línea. Existe el temor de que si la cosa estalla cierren los aeropuertos. ¿Comprende?

Crane asintió resignadamente.

Exhaló el humo hacia el techo y sin mirar al otro dijo:

—Lo haré, señor. Pero no espere que ponga mucho entusiasmo en esta tarea.

Los ojos fríos como el hielo del individuo sentado al otro lado de la gran mesa lanzaron extraños destellos.

—Señor Crane —rezongó con voz seca—. ¿Le gustaría ser en parte responsable de una matanza, con el agravante de que nuestro país fuera acusado de ella ante el mundo?

Acusado con pruebas evidentes, irrefutables, quiero decir.

Steve se encogió de hombros.

—No exagere. Siempre ha habido algaradas, revoluciones y contrarrevoluciones en esos países. Es como una enfermedad periódica. Pero de eso a lo que usted insinúa media un abismo.

—Mire, Crane, y terminemos; si no intervenimos a tiempo, Rusia y el mundo recibirán pruebas de que habrán sido los Estados Unidos quienes han iniciado la agresión, escudados detrás de los rebeldes, o

como les llamen esta vez. Nuestros pilotos habrán pilotado aviones, nuestros estrategas dirigido las operaciones, y estoy dispuesto a apostar que incluso habrán tropas nuestras camufladas entre los asaltantes del poder constituido..., aparte de que nuestra diplomacia habrá preparado el terreno.

—Otras veces lo han hecho —rezongó Steve entre dientes.

—Conforme, pero jamás en la escala en que ahora seremos acusados. Tengo informes de que, en esta ocasión, el asalto que se prepara será a sangre y fuego, no como otras revueltas en que ha sido simplemente un relevo.

—¿Y existen pruebas que demuestran que nuestro país está detrás de esa infamia?

—Ciertamente.

Crane aplastó el cigarrillo en el cenicero y se levantó.

—Entonces, señor, nos lo hemos ganado a pulso. No cuente conmigo.

—¡Siéntese!

—Le dije que...

—¡Siéntese!

La voz sonó semejante a un cañonazo. Steve volvió a sentarse de mal talante.

—Usted es quien habla —gruñó—. Pero déjeme decirle que si nuestra desdichada diplomacia, o nuestros condenados estrategas, han sido lo bastante insensatos como para planear semejante golpe, no seré yo quien trate de evitar las consecuencias.

El hombre viejo suspiró, impaciente.

Luego dijo:

—Existen unos documentos capaces de probar todo esto, en efecto. Esos documentos están prestos para ser entregados a Rusia en primer lugar, a las Naciones Unidas y al mundo.

—¿Quién tiene esos documentos?

—Lo ignoro, pero no cabe duda de que existen.

—Entonces, pídales ayuda a los imbéciles que cometieron el desatino de prepararlos. —Usted tiene ideas preconcebidas en este asunto, Crane, y eso es malo para un agente de nuestro Departamento... Ya debería haber comprendido que esos malditos papeles son falsos. Pero el papel y el membrete pertenecen al Pentágono y a la CIA. Las firmas son genuinas según parece, así

como los sellos y los relieves.

Alguien los ha preparado para un caso de absoluta necesidad. ¿Conoce usted a Jack Ritter?

—Seguro. Hicimos algunos trabajos juntos.

—No volverá a trabajar con él. Creemos que ha muerto.

Steve se estremeció.

Ante su hosco silencio, el hombre viejo añadió:

—Desapareció después de informar que esos documentos eran una realidad. Alguien se los ofreció a cambio de una gran suma de dinero. Luego, perdió contacto con el hombre que los poseía y ya no volvimos a saber una palabra de él.

—Ya veo... ¿Algo con que empezar?

—Sólo un nombre: Luis Córdoba.

—¡Lo recordaré! ¿Quién es?

—El enlace de Ritter. Según nuestros informes, es de confianza. Vive en una casa que lleva el número siete de El Palmeral. Puede ser una calle, una avenida o cualquier cosa tratándose de ese país.

—¿Y eso es todo?

El viejo cabeceó, asintiendo.

Perplejo, Steve masculló:

—¿Y espera que consiga resultados positivos partiendo de esta sola base?

—Es una buena perspectiva.

Se levantó. Era de estatura elevada, más de seis pies, recio y de aspecto bronco. Sus ojos grises tenían tonalidades aceradas, pero en ocasiones más parecían los de un niño asombrado por cuanto veía. Una vez, hacía ya tiempo, alguien dijo de él que era el último romántico sobre la tierra.

El que le definió de semejante manera se equivocó en buena parte. Murió bajo las balas del supuesto romántico...

—Suerte, Crane —farfulló el hombre de la mesa—. Encontrará dificultades, qué duda cabe. Pero usted las ha superado peores.

—¿Qué hay de mis fondos?

—Ilimitados. Recurra a la Embajada cuando necesite dinero.

—¿Sin techo?

—Lo que precise.

—Eso me preocupa. Nunca son generosos hasta ese extremo sin una razón condenadamente grave.

—Ésta lo es. Encuentre los documentos, destrúyalos y ajuste las cuentas a quienes hayan matado a nuestro hombre. Bitter era un buen chico.

—Le he oído decir lo mismo de muchos otros, señor. Pero sólo después de que hubiesen muerto.

El hombre esbozó una mueca.

—No quisiera tener que decir lo mismo de usted.

Steve giró sobre los talones y abandonó la bien custodiada oficina.

Recorrió un laberinto de pasillos, bajó escaleras y atravesó un gigantesco vestíbulo hasta encontrarse en la calle, bajo el tibio sol del mediodía.

Anduvo sin prisas, cabizbajo, pensando en ese nuevo trabajo que acababan de endosarle. No le gustaba. Nunca le gustó interferir en unos países que únicamente buscaban su libertad, sacudirse el yugo económico que frenaba su desarrollo, aplastar la oligarquía que desde tiempos remotos explotaba unas riquezas que hubieran podido elevar hasta el infinito su nivel de vida...

Sacudió la cabeza, disgustado consigo mismo. No era la primera vez que lamentaba en su interior estar sujeto a un organismo implacable de seguridad, pero en ocasiones sus fines coincidían con sus propias creencias.

Ahora no sucedía así. Y a pesar de que estaba seguro que lucharía hasta el fin para cumplir la orden recibida, sabía también que no lo haría con el convencimiento ni el entusiasmo de otras veces.

Pero lo haría.

Aunque debiera matar o morir, como al parecer había muerto Jack Bitter...

CAPÍTULO II

Los trámites de aduana fueron muy largos y laboriosos. Al mostrar su pasaporte norteamericano, el funcionario le dirigió una mirada cargada de rencor. No iba a ser muy popular en esta ocasión. Afortunadamente para él, su carnet de Prensa acreditándole como corresponsal de una importante cadena de periódicos evitó que le pusieran más dificultades para su entrada en uno de los escasos países que había sabido sacudirse la férrea tutela política y económica de los Estados Unidos.

Caía un sol de fuego cuando abandonó el edificio, un sol que sólo minutos antes había asomado por encima de las altas montañas que rodeaban la ciudad.

Steve se detuvo, mirando a su alrededor. Los escasos viajeros se aprestaban a tomar asiento en el desvencijado autocar que les llevaría al centro.

A la derecha, un viejo «Buick» recibía el sol como si quisiera rejuvenecerse con su calor. El chófer dormía con los brazos apoyados en el volante y la cabeza hundida entre los brazos.

El agente secreto caminó hacia él y dejando la pequeña maleta en el suelo le sacudió.

—¡Eh, dormilón! —exclamó en español.

El hombre levantó la cabeza, parpadeó, se desperezó largamente, y tras un largo bostezo dijo:

—Suba. He pasado una condenada noche.

—¿De veras?

Echó la maleta por la ventanilla trasera y él se instaló al lado del chófer.

Éste embragó y el coche dio un brinco hacia adelante.

—¡Turistas! —rezongó—. Toda la noche trayendo turistas que querían largarse...

¿Adónde le llevo?

—Al Mundial.

El conductor soltó una carcajada.

—No habrá dificultad para encontrar habitación, seguro que no.

Todos los malditos yanquis lo han abandonado a escape llenos de miedo... —volvió a reír y añadió—: Han salido cinco o seis aviones especiales esta noche. Las ratas abandonan el barco, ¿entiende? Steve sonrió.

—¿Estaban muy asustados? —preguntó con sorna.

—¡Temblaban! Se lo digo yo, amigo. Corren rumores de revuelta y saben que si las cosas van mal, el pueblo los hará pedazos. No queremos más sanguijuelas. A propósito, ¿de dónde viene usted?

—De México.

—Un buen país...

—Realmente... ¿Habría revolución?

—¿Quién sabe? Los americanos se resisten a soltar lo que hasta ahora era suyo. Y los terratenientes, los que están conchabados con los yanquis, tiemblan también porque se les ha acabado el filón... Cualquier cosa puede suceder, pero le aseguro que si se lanzan a la calle van a encontrarse con todo el pueblo frente a ellos. No nos dejaremos explotar de nuevo, se lo digo yo. ¡Nunca más!

Reinó el silencio, mientras el traqueteante vehículo devoraba millas hasta penetrar en los sucios suburbios de la capital.

Millares de chozas se alzaban llenando por completo la falda de las colinas. Chozas construidas con chapas de bidones viejos, con maderas carcomidas y cartón cuero. Steve se estremeció, porque allí podía estar el germen del sangriento estallido de que hablara su jefe.

El taxi acabó deteniéndose ante el hotel. El chófer apagó el motor y saltó al suelo, tomando la maleta.

El gran vestíbulo del hotel estaba desierto a excepción del estirado recepcionista, quien no pudo ocultar su sorpresa ante la llegada de un huésped, precisamente cuando todo el mundo estaba abandonando el país.

Le asignaron una espléndida habitación. Steve Crane salió a la pequeña terraza y contempló la ciudad blanca y oro, bañada de sol, extendida perezosamente a sus pies. En cualquier momento aquella estampa pacífica, bucólica, podía convertirse en un volcán.

Después de una rápida ducha, se vistió y sujetó una funda especial en el cinturón, junto a su costado izquierdo. Tras esto, comprobó la carga de un barrigudo

«Smith & Wenson»

de cañón corto, que enfundó.

Cuando abandonó el hotel, comprobó la enorme cantidad de soldados armados hasta los dientes que patrullaban las calles. Hombres alegres, seguros de sí mismos, con sus verdosos uniformes y cascos de acero que confraternizaban amistosamente con la gente. Procurando pasar lo más desapercibido posible, Steve Crane se encaminó a su destino. Un destino que podía ser la muerte.

* * *

Empleó casi todo el día en ambientarse, en localizar El Palmeral y en asombrarse del ambiente entusiásticamente bélico que se respiraba por toda la ciudad.

El Palmeral resultaba una ironía, por cuanto era apenas un callejón, infecto en él que jamás hubiera podido crecer una sola palmera, por cuanto su tronco obstruiría por completo el paso.

Pasó dos veces por el callejón, escrutándolo todo, viendo la casa que debía visitar y tratando de localizar una posible vigilancia.

Si el tal Córdoba era una especie de confidente que trabajaba por dinero, igual podría aceptarlo de un bando como de otro. Y aquél era el contacto que había tenido Ritter, y Ritter estaba muerto.

Como para pensarlo con detalle.

Después se alejó. Las calles hervían de gentes que hablaban a gritos, desafiantes, entusiastas. Grandes carteles pregonaban las conquistas que, gracias al régimen, había tenido el país en toda su dilatada historia.

Había gigantescos retratos de los líderes, y de vez en cuando, *pósters* con *slogans* alusivos.

Para él, fue un día muy instructivo y que le demostró que, ciertamente, una revolución de los que se empeñaban en sojuzgar a todo un pueblo, esta vez conduciría a un auténtico baño de sangre.

De noche, El Palmeral, la calle retorcida y estrecha, silenciosa, era apenas un tajo negro en medio de las viejas casas de adobe.

Steve avanzó sobre los gastados cantos del pavimento. Sombras siniestras parecían agitarse en los rincones.

El número siete estaba tan oscuro y quieto como el resto del callejón. Llamó con los nudillos sobre la puerta de madera resquebrajada.

Antes que pudiera llamar otra vez, la puerta giró apenas unas pulgadas y unos ojos semejantes a los de un gato le examinaron por la rendija.

—¿Luis Córdoba? —preguntó, quedo.

—Sí. ¿Quién eres?

—Steve Crane.

—¿Extranjero?

—¿Tú qué crees? Déjame entrar.

—Entiendo el inglés.

—Prefiero hablar español. ¿Era así como te hablaba Jack Bitter?

La puerta se abrió y los ojos desaparecieron. Steve se coló a la oscuridad del interior, oyendo cómo el hombre cerraba a sus espaldas.

Al volverse, se encontró ante el largo cañón de una pistola que parecía sacada de un museo. Enorme y de feo aspecto, imaginó que sus balas podrían abrirle un boquete por el que cabría el puño de un hombre.

—Guarda esa reliquia —gruñó—. Soy amigo de Bitter.

—Eso es lo que tú dices.

—Trabajamos juntos él y yo.

—¿Tienes documentos?

—Seguro.

—Y armas.

—Llevo un revólver.

El hombre, apenas una sombra en la oscuridad, titubeó.

—Saca los documentos con cuidado. No el revólver, extranjero, porque te mataré si lo intentas.

—Estás muy nervioso.

—Sí.

Steve suspiró. Debía andarse con mucho tiento. Un hombre asustado y nervioso le suelta un balazo incluso a su propia sombra...

De modo que le mostró su pasaporte y la tarjeta de identidad que le acreditaba como corresponsal de Prensa.

Era indudable que en la oscuridad nadie era capaz de leer nada. No obstante, Luis Córdoba rezongó tras un rápido examen:

—Aquí dice que eres periodista...

—¿Qué quieres, que ponga en los documentos que soy agente

secreto?

—Sígueme.

Echó a andar. Atravesaron un pequeño patio interior descubierto. Allí la noche con el intenso brillo de las estrellas mostraba el grácil contorno de algunas plantas tropicales.

Se detuvieron en una estancia interior. Córdoba encendió una débil luz y ambos hombres se miraron a la cara.

La del enlace era de tez oscura y ojos vivos, pero no había ninguna expresión en ella. Steve inquirió:

—¿Qué sabes de Ritter?

—Nadie sabe nada de él.

—¿Crees que ha muerto?

—Sí.

—¿Sabes dónde vivía?

—Sí.

—¿Has tratado de verlo allí?

—Varias veces. La casa está vacía.

—Ritter estaba realizando un trabajo muy importante, Luis.

—Eso me dijo.

—¿Te lo confió?

—No me reveló de qué se trataba, si es eso lo que te inquieta. Pero él me necesitaba. No estaba seguro de que el hombre con el que debía entrevistarse fuera de fiar.

—¿Y...?

—Tuvieron un encuentro. Discutieron. Yo vigilaba a cierta distancia para ayudar a Ritter si aquel hombre le hubiese atacado.

—¿De qué discutieron?

—No lo sé. No pude oír una palabra.

—Pero tú pudiste verlo.

—¿A aquel hombre? Sí.

Steve suspiró, impaciente.

—¿Y bien?

—Ritter era generoso cuando me necesitaba.

—Entiendo. ¿Cuánto?

—Él nunca me preguntó cuánto dinero debía darme.

Steve sacó un puñado de billetes y los puso en las ávidas manos de Córdoba sin contarlos.

Éste se apartó y procedió al recuento del dinero cuidadosamente.

—Está bien —dijo, satisfecho.

—Ahora, habla.

—Bitter me había dicho que vigilara por si aquel individuo intentaba atacarle o algo así. No le atacó y se separaron. Yo seguí al desconocido.

Crane casi dio un salto.

—¿Quieres decir que sabes dónde puedo encontrar al hombre que se entrevistó con Jack Bitter?

Córdoba cabeceó, mientras una lenta sonrisa aleteaba en sus labios delgados.

—A menos que haya huido —puntualizó.

—Lo comprobaré.

—¿Conoces la ciudad, extranjero?

—Bastante.

—El hombre entró en una casa de la Vía Victoria. Una casa pequeña, rodeada de jardín.

—¿Número?

—Once.

—¿Había alguien más en la casa cuando él llegó?

—Todo estaba a oscuras.

—¿Cómo era el tipo?

—Muy delgado, de cara pálida y cabello cortado a cepillo.

—¿Volviste a ver a Bitter después?

—No he vuelto a verlo. Le llamé por teléfono para decirle lo que había visto, para que supiera dónde vivía aquel hombre, pero no respondió nadie. Luego, fui a su casa. El no estaba.

—Ya veo... ¿Crees que esté muerto?

—Si viviera se hubiera puesto en contacto conmigo. Le interesaba mucho todo lo referente al hombre que se entrevistó con él.

—Mala suerte. A todos nos llega la hora un día u otro...

—Ten cuidado al salir. Estas callejas están llenas de ladronzuelos. Si te atacan no uses la pistola..., atraerías a las patrullas.

—Tendré cuidado.

Abandonó la casucha pensando que a Bitter le hubiera gustado alguna clase de funeral, por lo menos.

Pero los hombres que llevaban a cabo su maldito trabajo solían morir solos, como perros abandonados, en cualquier rincón del mundo, y ya nadie, nunca, volvía a saber una palabra de ellos.

Ni menos se acordaban de dedicarles un funeral...

CAPÍTULO III

Atravesó el jardín a oscuras, tenso y alerta porque en la oscuridad podía saltar cualquier peligro, desde una pistola hasta un afilado cuchillo capaz de cortarle por la mitad.

Nada sucedió.

La casa, silenciosa y oscura, se alzaba como recostada en los árboles que había más allá.

Probó la puerta comprobando que estaba cerrada por dentro.

No llamó. Más de un tipo había recibido un balazo sólo por anunciar su presencia intempestivamente.

De manera que rodeó el edificio pisando como un puma.

Vio la ventana abierta de par en par y se detuvo. Cautelosamente, asomó un ojo atisbando el interior. Estaba oscuro, impenetrable como un lago de tinta.

En completo silencio, Steve se deslizó al interior, ahora con el revólver en la mano y conteniendo la respiración para captar el menor ruido que procediera de aquella negrura.

No pudo oír absolutamente nada.

Al fin se decidió a correr otro riesgo. Sacó una delgada linterna eléctrica semejante a un lápiz y paseó el fino rayo de luz a su alrededor.

Estaba en una salita bien amueblada y desierta. La atravesó, empujando una puerta que giró en silencio.

Correspondía a un dormitorio con un amplio lecho, un armario, dos mesitas de noche y un cadáver.

El cadáver yacía a los pies de la cama y había un enorme charco de sangre seca a su alrededor.

Steve torció el gesto ante el nauseabundo espectáculo. No se sorprendió por la inmensa cantidad de sangre, porque era lo menos que podía esperarse viendo el salvaje tratamiento que había recibido, con la cuchillada final que casi le había separado la cabeza del tronco.

Bordeando la mancha de sangre seca y de color pardo, el agente secreto se acercó a la ventana y corrió las pesadas cortinas.

Después encendió la luz del techo y paseó la mirada a su alrededor. Era una desgraciada manera de empezar, ya que el único eslabón de la cadena que hubiera podido llevarle hasta Ritter, muerto o vivo, había sido asesinado de un salvaje tajo de cuchillo.

Steve se inclinó sobre el hombre muerto. Había sido un tipo delgado, pálido y con el cabello cortado a cepillo.

Sin ninguna duda, el que se entrevistara con Ritter la noche en que Córdoba les vigiló.

Quien fuera que había cometido el crimen, lo había hecho después de un largo y estremecedor trabajo preparatorio. El hombre muerto tenía las manos atadas a la espalda, y los pies sujetos a las muñecas por un pedazo de alambre, de modo que el cuerpo formaba un violento arco.

Una manera como otra de inmovilizar a un tipo.

Crane se irguió, desconcertado porque ahora no tenía ni un solo punto de partida para iniciar su trabajo.

Comenzaba a dejarse dominar por el mal humor y el desaliento. Sabía por experiencia que eso es un mal asunto cuando se realiza su clase de trabajo, porque puede llevar a falsas apreciaciones o a descuidos que después no tienen remedio. No obstante, había cifrado sus esperanzas en aquel hombre.

Ahora no tenía nada.

O quizá sí.

Vio el pequeño objeto primero con indiferencia. Después, asaltado por la curiosidad.

Era un pequeño círculo de plástico rojo, no mayor que medio dólar. En el centro había un grabado en forma de diamante. Estaba preguntándose qué significado tendría cuando escuchó el seco chasquido de una llave al girar en la puerta de la entrada.

De un salto se colocó detrás de la puerta del dormitorio. Guardó el círculo de plástico rojo y empuñó el revólver.

Oyó unos pasos que se aproximaban, seguros y confiados.

Después, una voz preguntó:

—Monk, ¿estás ahí?

El hombre penetró en el dormitorio. La sorpresa por el sangriento espectáculo le paralizó.

Steve se deslizó en silencio hundiéndole el cañón del revólver en el costado.

—¡No mueva ni las pestañas o le hará compañía!

Colocándose detrás del individuo, le registró con la mano izquierda. Encontró una pistola automática de gran calibre, que introdujo en su cinturón antes de empujar al desconocido apartándolo de sí.

Era joven, fuerte y de aspecto rudo. Sus ojos oscuros centelleaban.

El tipo miró hacia el cadáver y gruñó:

—¿Usted lo mató?

—Hace mucho tiempo que ese tipo está frío. ¿Quién es usted?

—Puede averiguarlo si examina mi documentación.

—Muy bien, saque todo lo que lleva en los bolsillos y póngalo sobre la cama. Pero con mucho cuidado, ¿entiende?

—No soy tonto.

Vació sus bolsillos y luego se apartó del lecho.

Steve dio un rápido vistazo a lo que le interesaba.

—¿Se llama usted Frenck?

—Eso ponen mis papeles.

—Pueden ser falsos. ¿Qué es usted, norteamericano?

—Seguro. ¿Y usted?

—Habla bien el español.

—También usted.

—Johnny Frenck... ¿Y él, cómo se llamaba?

—Monk Carver. Eramos amigos. Hicimos algún negocio juntos.

—¿Qué clase de negocio?

—Comisiones.

—Eso es muy vago.

El hombre se encogió de hombros.

—¡Al infierno con usted! Monk era una buena persona, y además, mi amigo. Me gustaría saber qué está usted buscando aquí.

—Yo hago las preguntas. Tengo ese derecho mientras el revólver continúe en mi mano.

—Ya veo...

—Estamos en un país extranjero, y al parecer empezamos a reunir muchos yanquis, como dicen aquí. ¿Por qué un honesto comisionista anda por el mundo armado de un pistolón como el suyo, Frenck?

—Todo aquí está muy revuelto..., uno debe protegerse. Si vamos a eso, usted también va armado.

—Ajá, pero yo no soy un honesto comisionista. ¿Por qué cree que le

han matado?

—Ni idea. Ayer quedamos citados para tratar de cierto negocio, por eso vine. No parecía inquieto ni nada semejante.

—Está mintiendo, Frenck, y resulta un pésimo embustero.

El aludido se encogió de hombros con indiferencia.

De pronto, Steve le espetó:

—¿Cuándo vio a Ritter por última vez?

Captó la leve contracción de las facciones del otro. Pero Frenck recobró la calma al instante y gruñó:

—¿Ritter? Nunca oí ese nombre. No tengo idea de quién es.

—No agote mi paciencia, Frenck, o lo pasará mal. No estoy en condiciones de perder tiempo en este asunto.

—Si se empeña en hablarme de cosas que no comprendo, no puede esperar ninguna clase de colaboración.

—Si lo quiere así, por mí no va a quedar...

Dio un paso hacia el recién llegado.

Frenck exclamó:

—¡Aguarde un minuto! Usted no puede...

Steve le descargó un golpe con el revólver cuando el otro se echaba atrás. El arma le pilló de refilón. Un profundo surco rojo se abrió en un lado de la cara de Frenck, quien trastabilló luchando por conservar el equilibrio.

—Este juego puede durar tanto tiempo que se volverá loco —gruñó el agente secreto entre dientes.

Se disponía a seguir el retroceso del otro, cuando una voz ordenó a sus espaldas:

—¡Deje caer ese revólver o le mato!

CAPÍTULO IV

Steve se inmovilizó, asombrado de que la voz que había dado la orden fuera la de una mujer.

Se volvió poco a poco, sosteniendo el revólver con descuido.

Ella gritó:

—¡Suéltelo!

Lo dejó caer al suelo al ver la automática provista de silenciador que le apuntaba implacablemente.

Por encima del arma, un rostro asombrosamente bello le miraba con ojos como llamas. Unos ojos negros, profundos y misteriosos, provistos de largas pestañas oscuras. Unos labios rojos y suaves temblaban de excitación.

No cabía duda que era una mujer del país, con toda la mágica belleza que puede alcanzar en esas latitudes, con su mezcla de sangres y su alma criolla, capaz de llevarla a alturas insospechadas cuando había que luchar.

Steve Crane notó un cálido estremecimiento al verla.

—¿Quién demonios es usted, niña?

Ella mostraba una ira mal contenida al mirarle. Vestía unos pantalones oscuros ceñidos a la piel.

—¡No se mueva!

—¿Quién se mueve? Estoy paralizado ante una mujer tan hermosa.

—Si intenta cualquier cosa estará paralizado por una bala.

—Confieso que eso no me gustaría.

Para sus adentros, el agente secreto reconoció que estaba perplejo. Aquella muchacha no podía ser real. Era demasiado bella para que fuera otra cosa que un sueño.

Pero un sueño con una poderosa pistola en la mano.

—¿Quién de los dos lo ha matado? —preguntó la muchacha, señalando el cadáver con un leve movimiento de su pistola.

—Yo no —sonrió Steve—. Por lo demás, si se molesta en echarle un vistazo más detallado, comprobará que lleva más de veinticuatro horas muerto.

Frenck rezongó:

—¿Qué piensa hacer, muñeca? No vamos a seguir aquí toda la noche.

La mirada que ella le dirigió hervía de odio.

—¡Cállese! Hablará mucho antes de lo que imagina, hijo de perra.

Steve soltó una risita.

—Ese lenguaje no es digno de una muchacha tan linda... A propósito, ¿también usted era amiga de ese tipo degollado?

—Él no era amigo de nadie, excepto de sí mismo.

Parecía indecisa, un tanto preocupada por una situación que no lograba comprender.

Frenck debió imaginar que era más fácil tener a una mujer como enemigo, en lugar de aquel hombre hercúleo que ya le había producido una sangrante herida en la cara. De modo que gruñó:

—Él tiene otra pistola, muñeca. Me la quitó a mí.

—Soplón —rió Steve.

Ella ordenó:

—Sáquela y déjela caer al suelo. Y no intente algo que nunca podría terminar.

—¿Cree que estoy loco?

Dejó caer la automática de Frenck y la apartó de un puntapié.

La muchacha dijo:

—Estuve escuchando sus palabras. ¿Qué sabe usted de un hombre llamado Ritter?

—Era amigo mío. Lo estoy buscando.

—Hay mucha gente que le gustaría encontrarlo también, pero creo que está muerto.

Esos dos quizá hubieran podido explicar su muerte. ¿Verdad, Frenck?

El aludido se estremeció.

—Los dos se empeñan en complicarme en algo que ignoro... Y todavía no nos ha dicho quién es usted.

Parecía asustado. No cesaba de moverse con evidente inquietud, como si tuviera los pies sobre planchas de hierro al rojo.

La joven murmuró:

—Pueden llamarme María, eso es suficiente. Imagino que todos andamos detrás de lo mismo, de modo que no tenemos que engañarnos. Una vida humana, en este trabajo, no tiene ningún valor..., y las de ustedes menos todavía. Van a...

Su voz se extinguió bruscamente cuando Frenck saltó sobre ella como impulsado por un resorte. Toda la comedia que representara de su nerviosismo no había sido otra cosa que un pretexto para aproximarse a la hermosa joven lo suficiente para su desesperado intento.

Consiguió apresar la muñeca armada. La pistola disparó con un sordo chapoteo y las balas hicieron saltar el estuco del techo.

Después, Frenck demostró que el sexo de sus amigos no tenía ninguna importancia para él, por cuanto descargó un duro trallazo al mentón de la muchacha, derribándola dando tumbos.

La pistola salió volando en otra dirección. Frenck saltó para apoderarse de ella, pero en esto no fue tan afortunado.

Steve le cayó encima como una tonelada de ladrillos. Sus dos puños le cazaron implacablemente, provocando un estallido de gritos.

Frenck se revolvió con desesperación, igual que loco, manoteando y rugiendo. Steve Crane le descargó un feroz hachazo en el pómulo con el canto de la mano. Los huesos crujieron bajo el terrible impacto.

Frenck rebotó contra la pared, aullando de ira y de dolor. Un puño como una roca se hundió en su estómago, doblándole violentamente. La rodilla de su enemigo subió como un cohete alcanzándole de lleno.

Casi inconsciente, Frenck se estrelló contra la pared y cayó rodando. Jadeaba y se quejaba amargamente.

Crane, lleno de ira, bufó:

—¡Levántese, héroe!

Lo hizo con enormes dificultades. Sus ojos turbios estaban desenfocados. La sangre le llenaba el rostro y la pechera de la camisa dándole un aspecto estremecedor.

Steve calculó hasta la última onza de su golpe siguiente. Volteó el brazo y lo lanzó respaldándolo con todo su peso.

El puño semejante a una roca pegó en mitad de la cara de su antagonista. Hubo un chasquido, como de algo que se rompe, Frenck se levantó unas pulgadas por encima del suelo y luego cayó hecho un ovillo.

Le dio la vuelta con el pie. La cara había perdido su forma y era un amasijo sangriento que daba náuseas.

—Te lo buscaste desde el principio —gruñó Steve.

Se inclinó, agarrándolo por los cabellos. Le arrastró hasta dejarlo apoyado contra la pared y entonces dijo de mal talante:

—Tu cuento del honesto comisionista se fue al diablo, de modo que dentro de un momento hablaremos en serio tú y yo...

Fue a volverse, para acudir en ayuda de la muchacha a la que imaginaba inconsciente todavía...

Se dio cuenta de su error demasiado tarde, cuando vio que ella no estaba donde cayera. Al mismo tiempo que realizaba este descubrimiento, algo terriblemente duro se abatió sobre su cabeza con la violencia de un cañonazo...

Hubo un estallido de lucecillas en su cerebro. Después, las lucecillas se apagaron todas de golpe y sólo quedó una absoluta oscuridad, viscosa y repelente.

Steve ya no supo nada más, porque en la oscuridad se fundió el dolor, la violencia y la muerte y ya no hubo nada.

No tardó mucho en recobrar el conocimiento, y entonces el dolor y las náuseas le asaltaron.

Maldijo pegado al suelo como una lagartija, incapaz de moverse. Dejó que su mente recobrase la lucidez mucho más aprisa que el cuerpo sus fuerzas.

De la laguna insondable del recuerdo surgió la imagen increíblemente bella de María. Ni siquiera el recuerdo de haber sido vencido por una mujer consiguió que la magia de aquel rostro se enturbiase.

Cuando al fin se recobró por completo, encontró el revólver en el suelo, sus documentos y todas sus pertenencias esparcidas a su alrededor demostrando que habían sido examinados detalladamente. Lo asombroso era que no le hubiesen quitado nada, ni siquiera el arma.

Lo guardó todo en los bolsillos otra vez. Al hacerlo, sus dedos tropezaron con la extraña ficha roja con el grabado en forma de diamante. Por lo visto no habían dado con ella, aunque quizá tampoco para la muchacha significase nada...

De Frenck no quedaba el menor rastro.

Maldiciendo entre dientes, ignoró el cadáver, abandonó la casa y regresó al hotel procurando pasar desapercibido en las bulliciosas calles.

Había sido una noche de pesadilla.

CAPÍTULO V

No le fue difícil descubrir señales de un hábil registro de su escaso equipaje. Había contado con que alguien se interesaría por sus pertenencias, pero no tan pronto. Eso demostraba una notable eficiencia en quienes estaban frente a él en esta jugada.

Se desnudó, metiéndose bajo la ducha. El agua fría le reanimó, llevándose el aturdimiento y el dolor que sentía en la nuca.

Apenas acababa de secarse cuando sonó el teléfono. Rezongando entre dientes, lo descolgó.

—Hable —dijo de mal humor.

—¿Crane?

—Sí.

—¿Steve Crane?

—¡Sí! ¿Qué pasa, quién es usted?

—Mi identidad no importa, señor Crane. Tengo una oferta para usted.

Se puso rígido. Era una voz metálica, como si hablara a través de una mordaza. Utilizaba el español, pero quizá por deformación o intencionadamente, sonaba con un acento burdo y falso.

—Siga —gruñó.

—Usted es un espía como Jack Ritter. Estoy bien informado, así que no pierda tiempo negándolo.

—Ritter y yo trabajamos juntos.

—Trabajaban —rió la extraña voz.

—¿Qué?

—Ritter sufrió un desgraciado accidente, ¿comprende? Pensó que podía obtener la mercancía sin pagar un céntimo. Se equivocó.

—Más claro.

—Trozó con un cuchillo —la voz estaba cargada de sarcasmo—. No era lo bastante inteligente para ese trabajo. Confío en que usted sí lo sea.

Steve encajó las mandíbulas, lleno de ira. La imagen del hombre degollado volvió a su mente e imaginó a Jack Ritter en el mismo estado.

Con voz que apenas pudo controlar dijo:

—Espero tener la oportunidad de jugar un poco con usted, y con el cuchillo en mis manos. ¿Cuál es su oferta?

—Usted busca unos documentos, igual que Ritter. Unos documentos muy comprometedores para su país. Bueno, yo los tengo.

—¿Cuánto?

—Es usted un hombre práctico, como yo mismo. Medio millón de dólares.

—Usted está loco.

—Es mi primera oferta. Si no es aceptada, la subiré en un cuarto de millón cada vez que nos pongamos en contacto. Los negocios son los negocios, señor Crane.

—Y los hijos de perra... —se contuvo y añadió—: De cualquier modo, nunca obtendrá usted tanto dinero.

Yo estoy convencido de que pagarán ustedes. Si se detienen a pensarlo, su Gobierno es el más rico del mundo. ¿Qué significan quinientos mil dólares para sus arcas?

—No.

—Piénselo. Si al final no llegamos a un acuerdo, cuando estalle la revuelta esos papeles irán a manos de quien usted ya sabe.

—Y usted no obtendrá un centavo.

—Todos los negocios tienen reveses, alguna vez. Pero la cosa será muy mala para su país. Volveré a llamarle mañana al anochecer. Si no acepta, subiré a setecientos cincuenta mil. Después..., ya no tendrá usted otra oportunidad.

—Estoy dispuesto a discutir un precio razonable, pero no por teléfono. Es un medio demasiado indiscreto.

—Exactamente lo mismo dijo su compañero Ritter..., y ahora está muerto. Piense en eso hasta mañana.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Steve sintió un sudor frío deslizarse por su columna vertebral ante la certidumbre de que Ritter estaba muerto realmente.

No le preocupaba la cantidad. Podía obtener fácilmente medio millón recurriendo a la Embajada.

Pero el asesinato de Jack Ritter enturbiaba el asunto.

Se vistió, exasperado y furioso. Era preciso que hablase con el embajador para disponer del medio millón en caso de que fuera imposible obtener los malditos documentos por otros medios.

Pero eso debería ser hecho por la mañana. Había tiempo sobrado para ello.

En cambio, ya era hora de que diera un vistazo a la casa donde Ritter había vivido.

Comprobó que en su aventura reciente no le habían vaciado el revólver, lo enfundó y salió a la calle, donde a pesar de la hora, las gentes continuaban reuniéndose, excitadas, cambiando noticias y jurando aplastar a cualquiera que intentara arrebatárles la libertad tan duramente obtenida...

* * *

La casa era de construcción reciente, al igual que la calle situada en el barrio residencial de la ciudad.

Constaba de planta y piso, rodeada de jardín. Todo estaba a oscuras cuando Steve se internó por el césped como una sombra más de la oscura y sombría noche.

Llegó ante la puerta y se detuvo, perplejo. La puerta estaba abierta mostrando una rendija de interior tan negro como el infierno.

Ya había supuesto que otros antes que él habrían visitado aquella casa, aunque sólo fuera para asegurarse de que no quedaba nada comprometedor después de la muerte de Ritter. Sin embargo, hallar la puerta abierta le llenó de suspicacias.

Empuñó la pistola y se coló al interior cautelosamente.

No tardó ni un minuto en descubrir la luz procedente de una habitación del lado opuesto del edificio. Steve se juró que esta vez, si alguien había de salir descalabrado, no sería él.

Avanzó con infinitas precauciones, deteniéndose al lado de la entrada iluminada de la estancia. Desde allí atisbo con infinito cuidado..., y casi se cayó de espaldas.

Había una mujer en medio de la sala, mirando a su alrededor igual que una niña perdida en un bosque.

Steve se preguntó quién sería ella. Era una dama a la que había que prestar una atención especial, por cuanto era de una belleza espectacular y llamativa. Sus cabellos eran dorados y los llevaba muy largos, sus ojos azules tenían un brillo inusitado y el resto del cuerpo se le antojó que merecía capítulo aparte.

Sus largas piernas, de magnífica y suave línea, sostenían un

conjunto en el que había suficiente de todo para hacer dos mujeres, y todavía dejar algo para otras menos afortunadas. Un busto altivo luchaba dentro de una blusita leve de profundo escote en V, pero una V de un alfabeto nuevo cuya hondura producía vértigo.

Su cintura era estrecha, poniendo de manifiesto unas firmes caderas aprisionadas por una falda azul ajustada y cortísima.

Cuando recobró el resuello, Steve dijo:

—Hola, preciosa.

Ella dio un salto, y cuando le miró sus ojos rebosaban de miedo.

—No tema, no voy a hacerle ningún daño —la tranquilizó.

—Usted... usted...

—Busco a Ritter. ¿Qué hace usted aquí, cómo entró?

—Yo... tengo una llave...

El miedo parecía brotar por todos los poros de su piel.

El gruñó:

—¿Se refiere a Ritter?

—Sí...

—¿Él le dio una llave de su casa?

—Sí, hace tres días.

—¿Cómo se llama?

Estaba tan asustada que respondía maquinalmente todas las preguntas.

—Mavis —murmuró—. Mavis Welch.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—¿A Jack?

—Sí, a Jack.

—Hace dos días..., después que me diera la llave. El se acercó a la muchacha. Antes que ella pudiera adivinar lo que se proponía, le arrebató el bolso y lo abrió.

No llevaba arma alguna.

Mavis le miraba, perpleja. Su miedo comenzaba a ceder.

—Tenía que asegurarme —se disculpó Steve—. Podemos hablar en inglés si quiere.

Destroza usted el español.

—Yo creí que... ¿Usted es norteamericano?

—Sí.

Su español es perfecto.

—Lo sé. ¿De dónde procede usted?

—De Nueva York.

—¿Y qué infiernos hace en este avispero?

—Soy cantante... Trabajo en el Real.

—¿Un *cabaret*?

—Un casino. Hay juego, restaurante y sala de fiestas.

—¿Fue allí donde Ritter la conoció?

—Sí. Hace una semana. Simpatizamos cuando supo que yo era de Nueva York lo mismo que él.

—¿Jack Ritter de Nueva York? Le tomó el pelo, linda. Él era de Los Angeles.

—Bueno, no importa... Simpatizamos, eso es todo.

—¿Hasta el extremo de que le dio una llave de su casa?

Ella sacudió la cabeza.

—No me la dio entonces. Salimos juntos un par de veces.

—Bueno, salieron juntos, simpatizaron, y hace dos o tres días él le dio la llave. ¿La citó aquí esta noche?

—No, claro que no...

—¿Entonces...?

—Estábamos citados hace dos noches. Le había visto por la mañana. Pero vine y él no estaba. Me fui y estuve telefoneando varias veces sin obtener nunca respuesta.

—Jack ya no responderá jamás al teléfono. Está muerto —dijo Steve con brusquedad. Ella contuvo el aliento.

—¿Muerto? —balbució.

Él se encogió de hombros.

Abatida, la muchacha se deslizó en una butaca. Estaba muy pálida.

—Ahora no sé qué hacer —musitó—. Él había prometido ayudarme.

—¿A qué se refiere?

—A lo que está sucediendo. Los extranjeros abandonan el país. Yo no tengo mucho dinero, ¿sabe? Jack dijo que lo arreglaría...

—Muy bien, quizá yo pueda echarle una mano. Por la mañana hablaré con el embajador. Ahora, no se mueva de aquí mientras doy un vistazo a la casa.

Ella asintió desde su butaca.

Steve pasó más de una hora revisándolo todo concienzudamente. Fue un trabajo largo y tedioso y que no dio resultado alguno.

Los trajes de Jack Ritter estaban en los armarios cuidadosamente ordenados. Todas sus rojas eran de gran calidad, pero de poco le

había servido la elegancia...

En el baño encontró sus útiles de afeitar, su cepillo de dientes... Naturalmente que un cadáver no necesita nada de todo eso.

Cuando regresó a la sala, Mavis estaba en el mismo sitio, ensimismada en sus pensamientos.

Mentalmente, Steve la comparó con la bellísima María, la muchacha que tan duramente le había golpeado.

—Son distintas —juzgó en voz alta.

Ella dio un respingo.

—¿Qué dice?

—Olvídelo. Estaba pensando en otra dama.

—¿Encontró usted algo?

—Nada. Vamos, la llevaré a su hotel, o donde sea que vive usted. Cuando haya hablado con nuestro embajador le diré lo que tiene que hacer.

—Quisiera agradecerle lo que hace por mí, pero ni siquiera sé su nombre.

—Llámeme Steve.

—Eso es muy poco, Steve... ¿Por qué buscaba a Jack?

—Él y yo trabajamos en un asunto muy importante, eso es todo.

—¿Un asunto oficial?

El soltó un gruñido.

—Tratamos de evitar una catástrofe —dijo de mal humor—. ¿Qué más quiere saber? —No se enfade, por favor, sólo trato de conversar para alejar el miedo... ¿Nunca oyó decir que los niños silban en la oscuridad cuando están asustados?

El esbozó una sonrisa.

—En todo caso, Mavis, es usted una niña muy desarrollada. ¿No se ha mirado en un espejo estos últimos días?

—No bromeo, Steve.

Anduvieron en silencio un buen trecho. El agente secreto cabizbajo, preocupado porque no veía forma de ahorrarle medio millón de dólares al Tío Sam. Y furioso por el asesinato de su compañero...

También le disgustaba la complicación que esa muchacha rubia que caminaba a su lado representaba.

Hundió las manos en los bolsillos, nervioso. Inconscientemente sus dedos jugaron con la ficha de plástico y su mente empezó a pensar en ella casi sin proponérselo, barajando ese dato con otros

que zumbaban en su cerebro como moscardones.

—¡Un momento! —exclamó de pronto, deteniéndose—. Mire eso. ¿Qué le sugiere?

Ella enarcó las cejas.

—Diamante Rojo —murmuró—. Un dólar.

—Más claro.

—Es una ficha de juego del Beal.

—Debí suponerlo. ¿A quién pertenece el casino?

—El dueño se llama Pedro Zumeta, pero tengo la impresión de que hay tina sociedad detrás de él.

—Quizá deba ocuparme un poco de él... ¡Eh, un taxi!

Lo llamó. Ella dio la dirección del hotel donde se alojaba y el auto se puso en marcha.

Mavis susurró:

—Es horrible sentirse tan sola en una ciudad como ésta..., pero era tan agradable antes que empezara esa alarma...

—Una mujer como usted no debería preocuparse mucho por la soledad. Sólo con chascar los dedos puede tener un batallón de hombres dispuestos a ayudarla. —No quiero esa clase de ayuda, gracias.

—¿Virtuosa?

¿Es otra broma? Bien, digamos que tengo mi propio concepto de la moral. No es un concepto rígido, por supuesto, sino que me gusta seleccionar a mis amigos, no aceptarlos por su posición.

—Ya veo. Ritter entraba dentro de esa selección.

—Era tan agradable...

—Siempre fue un tipo muy afortunado con las mujeres.

—¿Y usted no?

Ladeó la cabeza, tropezando con los ojos azules que brillaban en la oscuridad.

—A veces —murmuró—, pero un hombre nunca habla de esos temas con una mujer.

—Eso es salirse por la tangente... ¿Sabe una cosa, Steve? Hay algo en usted que le hace muy semejante a Jack. —¿De veras?

—Es algo intangible, una especie de sensación que se desprende de ustedes y que la envuelve a una como niebla. ¿Comprende? Cuando estaba al lado de Jack me sentía protegida, segura. Se desprendía de él una fuerza implacable capaz de cualquier cosa. Con usted sucede

lo mismo, pero agudizado si cabe.

—Está hablando en enigmas, Mavis.

—Tal vez, pero lo cierto es que desde que estoy a su lado ya no siento ningún miedo.

¿Cómo puede explicar eso?

Él se encogió de hombros y no replicó.

Tras una larga pausa, la muchacha dijo con voz apenas audible:

—Usted... es un agente secreto, Steve. ¿No es cierto?

—Ha leído demasiadas novelas, querida. Utilice su linda cabecita para pensar en lo que hará cuando salga de este país y todo irá bien. ¿Comprende?

—Evasivas, Steve, sólo evasivas. ¿Por qué no es usted sincero conmigo?

—Si yo fuera sincero con todo aquel que me hace preguntas, me habrían cortado el gaznate un millón de veces. Créame, no se preocupe demasiado.

—Es todo tan excitante...

—¿Excitante? —refunfuñó él—. Bien, quizá lo sea. Pero le aseguro que hay juegos mucho más excitantes que éstos.

Estaban muy juntos, envueltos en la cambiante oscuridad del vehículo. De pronto, los dedos de ella se cerraron en torno a la mano de Steve. Su piel era cálida, suave como una caricia.

—Steve...

—¿Sí?

—Ahora sé que yo estaba equivocada. Usted no es como era Jack Ritter. Es más... humano.

—Tonterías.

—El..., él daba la sensación de burlarse de una, de tomar en serio sólo una cosa; a sí mismo. Usted es distinto. Me siento amparada a su lado. —Eso no deja de sorprenderme, porque es una novedad para mí.

Oprimió los dedos de la muchacha entre los suyos. Al volver la cabeza vio el rostro muy cerca del suyo, y los ojos azules brillaban como luciérnagas en la noche.

Inclinó la cabeza y sus labios encontraron los de Mavis. Fue una caricia leve.

—Steve..., yo...

Aspiró con fuerza al quedarse sin aliento. Ella temblaba entre sus

manos.

Se miraron largamente. El empezó a sonreír. Los labios húmedos y rojos temblaban igualmente, rozando los suyos. Se movieron apenas cuando ella susurró:

—Podría amarte aun sin proponérmelo, Steve.

—No hables...

Y de pronto el taxi paró, y el chófer gruñó en un inglés apenas comprensible:

—Se acabó, hemos llegado.

Mavis se apartó vivamente. Sus dientes brillaban entre los turgentes labios al sonreír.

Él dijo:

—Prepara tus cosas, linda. Hablaré con el embajador y todo saldrá bien. —¿Vendrás a buscarme?

El titubeó. La premura del tiempo, las horas que se extinguían implacables...

—Vendré —prometió—. Sea como sea, volveré a buscarte tan pronto haya solucionado tu viaje.

—Gracias, Steve.

Le besó fugazmente, abrió la portezuela y se apeó. A través de la ventanilla todavía murmuró:

—Te esperaré, Steve. No sólo esta noche... Siempre.

—Esto no es más que un sueño, pequeña. Cuídate mucho.

La vio entrar en el hotel y desaparecer.

Entonces, con un suspiro de impaciencia, Steve se recostó en el asiento y dio al chófer unas señas muy próximas a la Embajada americana.

Después, cerró los ojos, cansado, y le pareció que en sus labios ardían los de la mujer.

CAPÍTULO VI

El embajador sacudió la cabeza. Debían haberle advertido, porque ni siquiera pestañeó al oír la cifra.

—Medio millón de dólares —dijo, con una leve sonrisa—. No me parece una cifra descabellada si con ella podemos evitar una catástrofe.

—Celebro que no baya dificultades por ese lado —suspiró Steve.

—Desde luego, sería preferible obtener esos papeles sin necesidad de pagar todo ese dinero...

—Pero si no es así, ¿tendré el dinero?

—Por supuesto. Pero deberá usted apresurarse, amigo mío, porque la situación está cada vez más tirante. Ha habido escaramuzas sangrientas en las montañas. Simples tomas de contacto, pero que han demostrado la gravedad del momento.

—Ya que hablamos de esa gravedad, señor... Tengo especial interés por una muchacha compatriota nuestra. Está asustada, quiere abandonar el país y carece de fondos. O, por lo menos, dispone de poco dinero para pagarse todos los gastos de esa precipitada marcha. Es bailarina y confiaba en trabajar aquí el tiempo suficiente para reunir una buena cantidad...

El embajador hizo una mueca de disgusto.

—Ése es otro problema. Todo el mundo quiere marcharse cuanto antes. Las plazas de los aviones son muy limitadas y cada vez las restringen más. No obstante, veré qué puedo hacer por ella. ¿Está usted realmente interesado por esa mujer?

—Lo consideraré un favor personal, señor.

—Bien, en ese caso, deme su nombre, dígame que se traslade al aeropuerto inmediatamente, y que espere allí. Trataré de incluirla en el primer vuelo.

—Magnífico —comentó—. Su nombre es Mavis Welch. La dejé preparando las maletas, de modo que no creo que tarde más de una hora en llegar al aeropuerto, señor.

El embajador asintió después de tomar nota.

Steve se levantó, disponiéndose a salir.

—Deseo que el dinero lo tenga usted aquí, en metálico y preparado, y que haya alguien permanentemente dispuesto a entregármelo si llega el caso de necesitarlo.

—Me ocuparé de eso personalmente. No me moveré de este despacho en las próximas veinticuatro horas.

—Perfectamente.

Abandonó la Embajada, satisfecho porque, por lo menos por ese lado, no parecían existir problemas.

Cazó un taxi y se hizo conducir al hotel de la muchacha. Por primera vez se dio cuenta de cuán cansado estaba, pero los acontecimientos se precipitaban a un ritmo endiablado y no había posibilidad de descanso todavía.

Y tal vez no lo hubiera para él nunca más si no coronaba la misión con éxito.

El taxi se detuvo. Pagó y entró en el hotel, viendo que el vestíbulo estaba desierto. No pudo encontrar al recepcionista por ningún lado.

Contrariado, saltó al otro lado del mostrador y abrió el libro registro, averiguando así el número de habitación que tenía la muchacha.

Subió apresuradamente hasta el segundo piso. Llamó con los nudillos y esperó sin obtener respuesta.

Repitió la llamada, impaciente. Cada minuto que perdía le acercaba a un final que costaría medio millón de dólares..., o un torrente de sangre.

Giró el tirador, sacudiéndolo, y la puerta se abrió silenciosamente ante él.

Entró resueltamente.

—¡Mavis! ¿Dónde diablos te has metido?

Había luz en la estancia, así como en la habitación interior.

Avanzó a grandes zancadas, llamando al mismo tiempo:

—¡Mavis!

Se detuvo en el umbral del dormitorio, porque allí estaba la muchacha, tendida sobre la alfombra con los ojos azules inmensamente abiertos y fijos en el techo.

Steve ahogó un juramento y se acercó a ella rápidamente. Vio las fatídicas marcas de unos dedos en el cuello de suave piel, y la lengua negruzca a través de los labios entreabiertos.

«Estrangulada».

Se irguió con un infierno de ira rugiendo en sus entrañas, cegándole hasta el extremo de que durante un tiempo sólo ansió tener entre sus manos al asesino para matarlo de la misma manera, lentamente. Sus dedos se engarfiaron salvajemente. El horror de aquella muerte inútil le enfurecía por momentos.

Le costó apartar la mirada del horrible espectáculo.

Aquellos labios amoratados ya no eran los mismos que le habían besado con tanto ardor. Jamás podría olvidar aquel beso interminable...

Tampoco olvidaría aquella muerte absurda y sin razón.

¿Por qué asesinar a la muchacha precisamente?

Si ella sabía algo que podía comprometer a quienes poseían los documentos, pudieron imaginar que ya se lo habría revelado a él durante el tiempo que permanecieron juntos.

Cuando emergió del marasmo de odio que enturbiaba su mente captó otros detalles de la escena; las maletas abiertas sobre la cama, a medio llenar.

Sin duda, Mavis había sido sorprendida cuando preparaba el equipaje.

Eso planteaba otro interrogante, y era la manera cómo el criminal había podido entrar.

No era lógico suponer que hubiera llamado y que ella le hubiese abierto la puerta.

El asesino la había sorprendido. Entonces, ¿por dónde entró?

Steve se movió rápidamente, en silencio. La puerta estaba abierta cuando él llegó. Por allí podía haber salido el criminal. Pero nada indicaba que también hubiese entrado por el mismo sitio.

La cerradura no ofrecía ninguna huella de haber sido forzada, de modo que aquello no ofrecía ninguna posibilidad de aclaración.

Retrocedió hasta el gran ventanal que comunicaba con una terraza. A ambos lados la terraza estaba limitada por una baja balaustrada cubierta de plantas exóticas.

Asomándose por encima de ella, en el lado derecho, pudo ver otra terraza igual cuyo ventanal estaba a oscuras, abierto de par en par.

A la izquierda había otro en el cual brillaba una luz.

Steve no lo pensó mucho. Saltó la balaustrada en silencio, acercándose al ventanal abierto e iluminado.

Dentro oyó una voz de mujer hablando apasionadamente. Era una voz suave y musical hablando en un español rápido y fluido. No pudo oír la voz del interlocutor, por lo que dedujo que quien fuere estaba hablando por teléfono.

Avanzando un poco, pudo atisbar por un lado del cortinaje.

Efectivamente, una mujer hablaba por teléfono vuelta de espaldas a la terraza.

Steve esbozó una mueca, sacó el revólver y se coló dentro cautelosamente, sin producir el menor ruido.

Ella tenía un cuerpo soberbio y una larga cabellera tan negra como el ala de un cuervo.

En aquellos momentos estaba diciendo:

—... Ha sido una torpeza que alguien habrá de pagar. ¿Nadie sabe adónde se dirigió al escapar...? No creo que vaya en busca del agente americano..., tiene tanto interés como nosotros en permanecer lejos de él... ¡No, estúpidos! Eso corre de mi cuenta. Me encargaré de esa mujer, aunque sea un factor extraño en este caso... Asintió un par de veces, disgustada, y luego colgó el auricular. Durante unos segundos permaneció inmóvil, como abatida por una grave preocupación.

Steve aprovechó para adelantar unos pasos más y entonces dijo:

—Volvemos a encontrarnos, María.

La joven dio un respingo y giró en redondo. Sus ojos se agrandaron más de lo que ya eran al identificar al agente secreto.

—Usted —musitó—. No pensé que pudiera localizarme tan pronto.

—La suerte ha estado de mi parte, María. ¿No dijiste que éste era tu nombre?

—Lo es.

No parecía preocuparse demasiado por el revólver que la amenazaba.

Steve dijo con ironía:

—Estoy muy molesto contigo, preciosa. No debiste golpearme con tanto entusiasmo, porque pasé un rato endiablado después que te fuiste.

—Eres un hombre muy duro. Yo sabía que podrías resistirlo, y en aquellos momentos tenía mucha prisa.

—Puedo imaginarlo. ¿Qué sucedió con nuestro común amigo Frenck, el honesto comisionista?

—¿Te interesa mucho ese hombre?

—Me intriga. Aunque también me intrigas tú si vamos al caso. ¿Puedo saber para quién demonios trabajas?

—Tendrás que adivinarlo.

—Cambiano de tema —la sorprendió él, rechinando los dientes—. ¿Qué me dices de lo sucedido ahí al lado?

Ella enarcó las cejas.

—¿Te refieres a tu joven compatriota de rubios cabellos?

—Ajá.

—No comprendo. ¿Qué ha ocurrido?

—No me salgas con ésas ahora. Tú lo sabes bien, puesto que has hablado de ella por teléfono.

—Absurdo. Ella no es importante. Tuvo una cierta amistad con Jack Ritter, pero no creo que esté enterada de nada, aunque debemos asegurarnos.

—Alguien se aseguró ya.

Ella no pudo contener un gesto de perplejidad. Sus largas pestañas, sedosas y negras, aletearon suavemente. Su belleza era tan perfecta dentro de su exotismo que Steve notaba acelerarse los latidos de su sangre en las sienes. Casi había olvidado el mazazo que ella le propinara en otra ocasión.

—Hablas en enigmas, extranjero —le reprochó María—. ¿Qué ha pasado?

—Alguien la estranguló, para asegurarse de que, cualquier cosa que supiera, no pudiera revelarla a nadie.

—¡No te creo!

—Puedes verlo por ti misma si quieres.

Ella se había puesto rígida. Su rostro moreno expresaba un furor sin límites.

—¡Ese sucio, miserable bastardo...!

—Tus expresiones dejan mucho que desear, linda. ¿A quién te refieres?

Ella titubeó. No estaba segura del terreno que pisaba.

—A Frenck. Por lo menos, ése es el nombre con que tú le conoces.

—¿Quieres decir que es falso, a pesar de su documentación?

—Su documentación es tan falsa como su nombre. Realmente, se llama Richard Thorne. Sabemos que está al servicio del Consorcio.

—No entiendo nada.

La mente del agente secreto comenzó a funcionar de manera metódica. Instantes después, la muchacha murmuró con un odio implacable:

—Es un agente de los que quieren destruirnos, por eso nos lo llevamos después que tú le dejaste inconsciente.

—Supongo que para someterlo a interrogatorio.

María le miró y sus ojos luminosos despedían chispas.

—¿Para qué otra cosa podíamos querer a esa basura?

—Espera que adivine..., a juzgar por lo que hablabas por teléfono, Frenck, o Thorne si es que se llama así, ha logrado escapar.

—Una lamentable torpeza por nuestra parte.

—Y tú supones que él ha venido aquí para matar a Mavis y cerrarle así la boca. ¿Es así?

La muchacha asintió con un gesto. Se había dejado caer sentada en un lujoso taburete, pero ahora se puso en pie de nuevo impulsada por su nerviosismo.

Steve gruñó, balanceando el revólver:

—Siéntate, cariño. Tienes los instintos de una pantera, de modo que no pienso correr más riesgos contigo. Siéntate y sigamos la conversación en paz.

Ella se encogió de hombros, sentándose. Estaba preocupada, pero no asustada.

Cuando habló, su voz parecía más quebradiza:

—No conseguirás nada, extranjero. Sé lo que buscas y para qué lo buscas, pero jamás tendrás esos documentos.

—Pareces muy segura.

—¡Son nuestros! —exclamó con apasionada vehemencia—. Demuestran la criminal falsedad de los políticos de tu país.

—No demuestran nada, porque son tan falsos como el mismísimo demonio, pero dejemos esto a un lado. ¿Por qué razón, Thorne iba a matar a esa muchacha de ahí al lado? Ella no tenía los documentos, ni siquiera sabía de su existencia.

María se encogió de hombros.

—Quizá él pensaba otra cosa. ¿Cuándo fue asesinada?

—Hace muy poco tiempo.

—Me han informado que Thorne escapó hace aproximadamente una hora. Ha tenido tiempo sobrado de venir aquí, matarla y escapar antes que tú llegases.

—¿Y tú no oíste nada sospechoso, ni un grito, ni un forcejeo?

—En absoluto.

—No es lógico.

—¿Qué?

—La manera como la han matado. ¿Sabes quién ocupa la habitación del otro lado, la de la terraza a oscuras?

—Me aseguré cuando alquilé ésta. Un matrimonio argentino, sesentones. No son sospechosos para nosotros.

—¿Por qué querías una habitación contigua a la de Mavis?

—Tomé este cuarto antes de saber que Ritter estaba muerto. Quería estar cerca de la joven americana cuando él se le reuniera. Parecían íntimos amigos, y en esas intimidades el hombre suele hablar de temas que en otras circunstancias jamás mencionaría siquiera.

—Comprendo... Ahora dime para quién estás trabajando y me largaré. Tengo muchas cosas que hacer.

—Beberías haberlo adivinado ya, extranjero.

—Empiezas a fastidiarme. Mi nombre es Steve. En cuanto a lo otro, imagino que perteneces a alguna clase de servicio secreto del Gobierno de tu país.

María sonrió por toda respuesta.

Steve le devolvió la sonrisa. Notaba que su respeto por ella crecía a cada instante.

—Comprendo tu postura —dijo con calma—. Luchas por tu país y por una causa que yo soy el primero en considerar justa. Muy bien, de acuerdo. Pero en mi caso lo hago también por mi patria, para evitarle un cataclismo, de modo que nos encontramos en campos antagónicos. Me pregunto qué he de hacer contigo, primor.

—Puedo adivinar lo que te gustaría hacerme.

—Nena, si pudieras adivinarlo te sonrojarías.

—Eso es justamente lo que estaba pensando.

Seguía sonriendo, desafiante, bellísima y turbadora.

Steve esbozó una mueca.

—Be acuerdo, tú ganas esta vez. Voy a dejarte aquí sin devolverte el culatazo con que me obsequiaste. Pero te confieso que daría la mitad de mi vida por haber tropezado contigo en otras circunstancias.

—A mí también, extranjero.

—Adiós, María... María —repitió—: Tu nombre suena bien.

Empezó a retroceder hacia la puerta sin perderla de vista.

De pronto exclamó:

—Ahora que se me ocurre, ¿puedo saber en qué estado se encontraba Thorne cuando escapó?

—No muy bien. Los interrogatorios de esos perros requieren cierta dureza.

—Ya veo... Cuídate.

Sin dejar de vigilarla, llegó a la puerta y guardó el revólver, tanteando tras él en busca del tirador.

Sonriendo, aún dijo:

—Quizá algún día volvamos a encontrarnos... cuando no estemos en bandos opuestos.

—Yo también lo deseo. Hasta entonces...

—Suerte.

Se disponía a abrir la puerta cuando captó el leve movimiento en los cortinajes de la terraza.

Se puso rígido y deslizó la mano en busca del revólver.

Era demasiado tarde, porque una mano armada con una automática surgió entre los pliegues de los cortinajes y una voz chillona ordenó:

—¡No se muevan, están cubiertos!

El hombre había hablado en español. Apareció y sus ojos porcinos saltaron de uno al otro.

Al fijarlos en la hermosa figura de la muchacha sonrió de un modo desagradable.

—Aquí está la que buscábamos —anunció—. Y creo que el zorrino también es interesante para nosotros.

Otro tipo de la misma catadura surgió a la vista. También llevaba una pesada pistola en la mano.

Después, su atención se fijó en Steve.

—¿El agente americano? —cacareó con voz cascada.

—Entren, muchachos —gruñó Steve—. Esta vez va a ser una reunión a alto nivel. Pónganse cómodos.

—Ten cuidado —advirtió el que primero había aparecido por la terraza—. Está armado.

—Ya lo imagino. Deje caer su revólver, yanqui. Después, alguien tendrá mucho gusto en hablar con usted.

—No me diga.

Steve sacó el

«Smith & Wenson»,

dejándolo sobre las baldosas con cuidado.

Cuando se incorporó, un tercer hombre apareció detrás de los otros dos.

No pudo evitar un escalofrío al verlo, porque la expresión de odio salvaje que animaba aquel rostro era suficiente para no tener que preguntarle qué pensaba hacer con él y con la muchacha...

Richard Thorne, a quien conociera como Frenck, conservaba las duras huellas de la pelea que habían sostenido los dos. Pero, además, sus dedos estaban vendados toscamente, y los vendajes aparecían empapados de sangre. Se sostenía de pie con dificultad, vacilando, y estaba tan pálido como un cadáver.

Decididamente, los compañeros de María no le habían tratado muy considerablemente, según pensó Steve.

También imaginó lo que habría debajo de los chorreantes vendajes que envolvían los dedos y no pudo contener un escalofrío.

Los siguientes minutos iban a ser terribles.

CAPÍTULO VII

Thorne buscó una silla y se dejó caer en ella con dificultad. Sus ojos relucían igual que si estuviera consumido por la fiebre.

Aunque Steve sabía que en todo caso era la fiebre de la venganza.

—Estaba seguro que volveríamos a vernos, Crane —masculló Thorne con voz que daba escalofríos—. Sabía que llegaría pronto la ocasión de ajustar nuestra cuenta...

—Maldito si comparto su entusiasmo. ¿Qué se propone hacer ahora?

Los ojos rebosantes de odio se fijaron en la muchacha.

—Primero —dijo—, cobrarme las «atenciones» que los esbirros de esa linda bruja tuvieron conmigo. Después, les mataré a los dos.

Lo dijo con un tono que daba frío. Quizá fue precisamente su hablar calmado lo que más impresionó al agente secreto.

—Tenga cuidado, Thorne. Mi Gobierno jamás aceptará ciertas cosas, y usted lo sabe.

—¡Al infierno su Gobierno! Va a tener otras cosas en que pensar de ahora en adelante.

—Cría cuervos...

—¡Cállese!

María murmuró, rebosante de desprecio:

—Hagan lo que hagan conmigo, están perdidos de todos modos.

Thorne barbotó una sarta de juramentos. Hizo una seña y sus dos esbirros se colocaron a sus flancos.

—Tú, Julio, vigílalos. Dispara contra el americano si trata de intervenir. Y tú, Carrera, ya sabes lo que tienes que hacer.

Carrera soltó un resoplido, guardándose su arma. Echó a andar hacia donde estaba la muchacha con una expresión de bárbaro regocijo en su rostro innoble.

María se puso rígida, pero la amenaza de la pistola de Julio era tan real y visible que poco podía hacer para defenderse.

Por su parte, Steve trataba de llegar a una decisión. No dejaba de comprender que todo aquello interfería en su misión. Sabía que empezaba a dejarse dominar por sus sentimientos particulares y eso

nunca resulta aconsejable en su clase de trabajo.

Intentó ganar tiempo diciendo:

—Esto es digno de un miserable como usted, Thorne.

—¿De qué se queja? Se divertirá, Crane. El último placer antes de que muera.

—Muy amable...

Carrera se había detenido junto a María, que le miraba con un brillante desafío en sus pupilas negras como la noche.

Las del rufián la devoraban con la mirada, como preguntándose por dónde empezar la tarea que le había sido encomendada.

Thorne, impaciente, gruñó:

—¿Qué esperas, estúpido?

Las manos de Carrera se distendieron. De un salvaje tirón arrancó la suave blusa de la muchacha en pedazos.

La piel morena y tersa de la joven brilló bajo la luz. Una nube de encajes surgió cubriéndola ante la mirada de su enemigo.

Steve contuvo el aliento. El otro pistolero estaba más pendiente del cuerpo de la joven que de la vigilancia.

El miró al suelo, al revólver que parecía tentarle. Necesitaba agacharse para hacerse con él, y en cuanto hiciera un movimiento, Julio le acribillaría...

La voz chillona de Thorne rugió:

—¡Sigue, sigue!

Carrera empezó a reír entre dientes y de nuevo alargó las manos.

Steve dobló las rodillas dejándose caer como un plomo hacia el suelo.

Thorne ladeó la cabeza y chilló:

—¡Mátalo, Julio!

Todo sucedió con la velocidad del rayo.

Julio giró la pistola y disparó. María, aprovechándose de la confusión, propinó un empujón a Carrera, apartándolo de sí.

La bala pegó a una pulgada de la cara de Steve cuando éste rodaba sobre sí mismo con el revólver aferrado entre sus dedos.

Carrera estaba sacando su propia pistola.

Thorne bramó nuevas órdenes y entonces él disparó.

Lo hizo sin cesar de moverse, tal como lo había practicado millares de veces en el túnel de tiro. Y, como en aquellas agotadoras sesiones de adiestramiento, tampoco esta vez falló.

El proyectil atravesó a Julio de parte a parte, matándole en el acto. El golpe de la bala le arrojó de costado sobre su jefe, y Thorne comenzó a chillar.

Carrera había conseguido empuñar su arma. Estaba apretando el gatillo cuando una bala blindada le alcanzó tirándole contra la pared, en el instante en que su pistola rugía mandando la bala quién sabe dónde.

Cuando se desplomó, grandes chorreones rojizos quedaron desparramándose por el muro.

Entonces, un proyectil aulló junto a María y ésta se echó de bruces al suelo.

Steve se volvió como una ñera salvaje en plena selva. Vio fugazmente a Thorne desaparecer tras las cortinas y le mandó dos balazos.

Titubeó un instante. La muchacha estaba perfectamente inmóvil y notó una angustia desconocida hasta entonces asaltarle con la fuerza de un mazazo.

—¡María! —jadeó, corriendo hacia ella.

La joven ladeó la cabeza. Sonrió en medio de su nerviosismo.

—¡Cázalo, Steve! —murmuró.

—¿Estás bien, no te hirieron?

—¡No, no!

El giró sobre sus pies y brincó hacia la terraza. Cuando salió al exterior no vio ni rastro de Thorne por ninguna parte.

Pero sí oyó voces alarmadas en todas partes, y el silbato de la policía abajo.

Volvió atrás precipitadamente. María ya se había levantado.

—¡Escapó! —dijo.

Ella le miraba y en su expresión, Steve descubrió algo que hasta entonces no viera nunca en aquellos ojos.

—Si no salimos de aquí nos obligarán a dar muchas explicaciones a la policía —dijo, ceñudo—. Pero si alguien te ve así, nos echarán el guante de todas maneras.

—No puedo hacer nada por remediarlo...

—Entonces, ¡al diablo con todo, vamos!

Saltaron la balaustrada de la terraza. Todo el hotel era una algarabía de voces y gritos. La habitación a oscuras les ofreció un buen refugio. La atravesaron silenciosamente y él atisbo por una

rendija de la puerta.

Esperó casi un minuto, hasta que todo el mundo estuvo agolpado ante la puerta de la habitación de Mavis. Por lo visto, no sabían exactamente dónde habían sonado los disparos.

—¡Ahora! —musitó.

Salieron, alejándose en dirección contraria.

Apenas acababan de abandonar el edificio cuando una patrulla del ejército llegó a la carrera y entraron como si tomaran al asalto una trinchera enemiga.

Anduvieron uno pegado al otro buscando los lugares más sombríos de la acera. Minutos después, María murmuró:

—¿Por qué lo hiciste, Steve?

—¿Por qué hice qué?

—Salvarme.

—No saques las cosas de quicio. He salvado mi propio pellejo, eso es todo.

—Mientes. Has arriesgado la vida para protegerme... ¿Sabes lo que se proponían hacer conmigo?

—Puedo imaginarlo.

—Lo dudo. No conoces sus métodos con las mujeres... De todos modos, gracias.

El carraspeó y mantuvo cerrada la boca.

Caminaron un largo trecho sin dirigirse la palabra, hasta que ella inquirió:

—¿Adónde vamos?

—A ningún lugar determinado. Todo lo que quiero es poner tierra de por medio entre el hotel y nosotros.

Y así caminaron en la noche, silenciosos, unidos por el embrujado misterio de una aventura que ninguno de los dos sabía cómo terminaría, pero que, de momento, les había unido.

Y eso, en la oscuridad que les envolvía, era suficiente.

CAPÍTULO VIII

Se habían detenido al borde de una plazuela silenciosa, rebosante de flores y plantas tropicales que exhalaban un extraño aroma.

Habían deambulado sin hablarse durante mucho tiempo, con la mano de la muchacha apresada entre los duros dedos de él.

De pronto, Steve preguntó:

—¿Conoces el contenido de los documentos que todos buscamos?

—No exactamente. Sólo sé que fueron preparados por el Pentágono y la CIA con el fin de aplastar a nuestro Gobierno. Son una amenaza para mi país.

—Ya te dije que son falsos. Estamos vertiendo sangre por unos papeles sin ningún valor real.

—Eso debería demostrarte que son auténticos...

—¡Pero son falsos! —exclamó él—. He pensado mucho en este asunto, María. Y he llegado a conclusiones increíbles.

—Yo también.

—Por una vez, me gustaría que estuvieras de mi parte.

—¿Hablas en serio?

—Ciertamente. Sería bueno y agradable confiar en ti, saber que podía contar contigo... Todo sería más fácil de ese modo.

—Creo que estás un poco loco, Steve. ¿Pretendes proponerme que traicione a mi patria?

El sacudió la cabeza.

—No. Admiro tu valor y tu fe sin la menor duda. Pero el hecho de que deba luchar contra ti impide que pueda confesarte libremente lo que tú me inspiras.

—Eso suena muy cursi...

—Lo sé, pero es cierto.

Ella levantó la cara para poder escrutar sus tensas facciones y dijo:

—¿Has pensado que quizá cuando volvamos a encontrarnos debamos pelear tú y yo a muerte, Steve?

Éste alargó las manos y la aprisionó por la cintura. Sintió el cálido y duro contacto del cuerpo en sus dedos. Estremeciéndose, sonrió:

—Eres el enemigo más adorable de cuantos se han enfrentado jamás

conmigo —dijo en un susurro—. Tienes razón, quizá algún día nos enfrentemos tú y yo con las armas en la mano, pero hasta entonces...

María estuvo unos segundos estática, subió los brazos y rodeó el cuello de él abandonándose al beso como si se dejara llevar por un torrente sentimental que saltara en silencio hacia un abismo cuyo fondo sólo podía ser uno.

Después, cuando la apartó suavemente, reanudaron la marcha sin hablar, cogidos por la cintura y totalmente olvidados de la amenaza que se cernía mortalmente sobre ellos.

Anduvieron un buen trecho en silencio, hasta que, de pronto, María se dio cuenta que se habían detenido frente al hotel donde Steve se alojaba.

Titubeó un breve instante. Sin soltarla, él avanzó hacia la entrada. Minutos después se encontraban en la habitación. Entonces ella musitó:

—No debí venir aquí..., estoy traicionando mis propias convicciones, faltando a mi deber.

—No creo que traiciones nada en absoluto, pero no voy a tratar de convencerte de mis puntos de vista.

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí?

Él sonrió con un leve asomo de tristeza.

—En parte, porque deseaba estar a solas contigo entre cuatro paredes...

—¿Y...?

—También quiero vivir todos los instantes posibles de nuestro bello sueño... y demostrarte al mismo tiempo la inutilidad de tus esfuerzos en este maldito asunto. —Si piensas que por ti renunciaré a mi misión, Steve, déjame decirte que estás loco, a pesar de que nuestro sueño, como tú dices, se haga añicos.

—Eso es fatal que suceda, pero quiero que comprendas que esos documentos son falsos y ésta es la única verdad. Están en manos de alguien sin escrúpulos que no lucha por ningún otro ideal que sus propios fines. Pide medio millón de dólares a cambio de los papeles. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

Ella se estremeció.

—¿Vas a pagarle? —susurró.

—Seguramente, si ésta es la única manera de destruir los

documentos.

Hubo una corta pausa.

Sumida en un mar de confusiones preguntó con voz temblorosa:

—¿Por qué me das dicho eso?

—Quería que lo supieras, quizá para que te dieras cuenta que éste no es un caso de patriotismo, sino algo sórdido, sucio y tenebroso que debe ser tratado con tanta brutalidad como tú jamás podrás entender. Una brutalidad que te destruirá tarde o temprano, María. Ella sacudió la cabeza con desaliento.

—¿Te das cuenta que haré cuanto esté en mi mano para impedir que ganes esta partida? Steve sonrió.

—Me defraudarías si no lo hicieras así. Me conmueven tu lealtad, tu sentido del deber y tu patriotismo.

—¿No los tienes tú también?

—No lo sé. A veces me pregunto si haría este nauseabundo trabajo en caso de que me pagasen menos..., y pienso que no.

—Entiendo..., una especie de mercenario del espionaje. ¿No es así?

—Puedes llamarlo como quieras.

—De todas formas, Steve, me alegra infinito que me lo hayas dicho. No importa lo que suceda de ahora en adelante. Ha sido agradable conocerte.

—Eso suena a despedida.

—«Es» la despedida final —murmuró la muchacha.

Quedaron mirándose con fijeza, como si cada uno pretendiera llevarse la imagen del otro grabada en sus retinas. Tan sólo unos instantes, pero densos hasta llenarles por entero.

—Adiós, Steve.

—Buena suerte, María.

De repente, la estrechó entre sus brazos, besándola.

En aquellos fugaces segundos mil ideas descabelladas cruzaron por sus mentes. Ambos sabían que el sentimiento que nacía en lo más profundo de su interior no podía ser aceptado, ni siquiera acariciado. No había nada capaz de variar sus destinos, porque militaban en campos opuestos y enemigos...

Su voz fue apenas un susurro cuando dijo:

—Adiós, Steve...

Abrió la puerta y desapareció.

Pasaron unos minutos de completo silencio antes de que el agente

secreto se levantara pesadamente, sintiéndose viejo de mil años.

Por primera vez en su larga carrera renegó de su trabajo, porque también por primera vez éste le impedía saltar la barrera del amor más maravilloso que hubiera podido soñar jamás.

Lentamente, entró en la ducha para ahuyentar el sueño que lastraba sus párpados y el cansancio que entorpecía sus movimientos.

Para él, la noche aún no había terminado, a pesar de que muy pronto la aurora asomaría por encima de las montañas abriendo un día nuevo, un día que podía ser el definitivo, el heraldo de la muerte.

CAPÍTULO IX

Como había supuesto, el casino no cerraba en toda la noche. Sus mesas de juego eran insaciables, como todas las mesas de todos los casinos del mundo.

Sin embargo, en esa avanzada madrugada el negocio languidecía en medio de un ambiente cargado de tensión.

Steve paró a un camarero y le espetó:

—Quiero ver al señor Zumeta.

—Nunca recibe a estas horas. Debe haberse retirado ya.

—A mí me recibirá.

—Vuelva mañana, más temprano —dijo el camarero con desprecio.

Para él, un cliente que no vistiera por lo menos un impecable *smoking* no era nadie.

Pero el que tenía delante era «alguien», aunque fuera de una clase muy peligrosa. —Está jugándose los dientes— advirtió Steve con calma, pero en su voz vibraba algo letal que hizo estremecer al hombre vestido con una elegante chaquetilla roja. —Tranquilícese..., le llevaré a su despacho...

—Eso está mejor.

Atravesaron todo el salón, recorrieron un corto pasillo y al fin se detuvieron ante una puerta. El camarero llamó con los nudillos y una voz rotunda gritó al otro lado.

Entraron y el camarero explicó atropelladamente las circunstancias por las cuales el intempestivo visitante le había obligado a turbar la bien ganada paz de que disfrutaba.

Steve no prestó atención a sus palabras. Estaba demasiado ocupado examinando al hombre sentado al otro lado de la inmensa mesa escritorio.

Era un tipo gordo y fofo, sus pequeños ojos de serpiente estaban fijos como los de un ídolo y ni siquiera parpadeaban. Carecían por completo de expresión.

Cuando el camarero calló, el gordo dijo con una voz rotunda:

—No nos gusta que nadie venga aquí amenazando a nuestro personal, pero como tampoco nos gustan las complicaciones le

escucharé, si es breve lo que tiene que decirme.

Hizo un pesado ademán con una mano en cuyos dedos relampagueaban las sortijas y el camarero se retiró.

Steve se acercó a la mesa. El rostro del gordo era de piel fina, desprovisto de vello. Visto de tan cerca repugnaba su aspecto.

—Quiero tratar un par de temas con usted, Zumeta —empezó Steve con voz lenta—. Uno de ellos se refiere a Mavis Welch.

El otro hizo un gesto de irritación.

—No ha venido a trabajar esta noche. Supongo que ha huido del país.

—No sabe cuánta razón tiene. El viaje que ha emprendido es el más largo que pueda imaginarse.

—No comprendo. ¿Adónde ha ido?

—Al otro mundo. Mavis fue asesinada.

Por primera vez el gordo dio muestras de un poco de vitalidad, enderezándose en su asiento.

—¿Quién? —preguntó escuetamente.

—No lo sé. He pensado que quizá usted pueda ilustrarme al respecto.

—No sé nada de ningún asesinato. Mavis era una buena chica, no creaba problemas de ninguna clase. Eso es importante tratándose de bailarinas.

—¿Alternaba?

—De un modo más bien restringido. No le gustaba hacerlo. En realidad, sólo la vi hablando con hombres en tres o cuatro ocasiones.

—¿Conoce usted a Jack Ritter?

—Un amigo de Mavis, quizá el único que tuvo mientras estuvo trabajando aquí.

—Era algo más que eso.

—¿Era?

—También fue asesinado, y no me diga que usted lo ignora, Zumeta, porque le llamaré mentiroso.

—Sus modales dejan mucho que desear, señor. ¿Por qué supone que estoy enterado de la muerte de ese hombre, Ritter?

—Usted ocupa un puesto importante en su ambiente, regentando un negocio que se sostiene en gracias a navegar entre aguas sucias de confidencias, sobornos y demás. Los hay iguales en todas partes. Así

que cualquier rumor llega hasta sus aguzados oídos. Algunos le interesan, otros no. Pero yo estoy seguro que la noticia de la muerte de Ritter sí le interesó, en parte porque era cliente de este desplumadero, y en parte porque Mavis se había enamorado de él. ¿No es cierto?

—Siga hablando.

—Mire, Zumeta, la situación es demasiado grave y urgente para que yo pueda moverme con normalidad. En otras circunstancias podría decirle que voy a crearle infinidad de problemas. Por ejemplo, una de sus fichas, un «diamante rojo», fue encontrada cerca de un hombre asesinado.

—Cualquiera puede llevarse una ficha y perderla luego.

—Seguro, pero en circunstancias normales eso atraería la atención de la policía sobre este turgurio. Eso no le gustaría a usted.

—Bien, digamos que resultaría molesto. Pero por ahora la policía tiene cosas más importantes que atender.

Steve sonrió con una mueca de lobo.

—Lo cual no deja de ser una desgracia para usted, porque así puedo hacer las cosas a mi manera.

El gordo parpadeó. Ésa fue toda su reacción.

—No me gusta que me amenacen —dijo con calma.

—¿Amenazarle? Voy a hacerle pedazos si no me dice todo lo que necesito saber.

Zumeta movió pesadamente la gran cabeza. A Steve se le antojó que los ojos giraban en sus órbitas con el mismo movimiento.

—¡Amenazas! —graznó el gordo—. Usted es un estúpido.

—Me han llamado cosas peores.

Avanzó rodeando la mesa. La mano gordezuela oprimió algo bajo el brazo del sillón.

Cuando Steve lo advirtió era tarde para evitarlo.

—Se me antoja que quiere usted ruido, bola de grasa...

Una puerta incrustada en un muro se abrió silenciosamente, y tres hombres de aspecto rudo penetraron por ella. Eran tres ejemplares magníficos para las tareas a que estaban destinados.

Steve se había inmovilizado. El gordo masculló:

—Llévadle abajo. Le enseñaremos buenos modales.

Los tres gigantes se abrieron en abanico, avanzando sin prisas. Al parecer no llevaban armas, pero sus grandes manos podían

convertirse en instrumentos tan mortíferos como hachas.

Con un rápido movimiento, Steve empuñó el revólver y gruñó:

—Adelante. ¿Cuál de los tres quiere recibir mi primer saludo de plomo?

Se detuvieron en seco. Furioso, Zumeta rugió:

—¡Matadlo!

Largos cuchillos aparecieron en las manos de los tres hombres como por arte de magia. Un frío glacial recorrió la espalda del agente secreto a la vista de los brillantes aceros.

El gordo no se había movido. Se limitaba a contemplar el espectáculo disponiéndose a pasar un rato divertido.

De repente, los tres saltaron a un tiempo. Tenían una agilidad sorprendente para su tamaño.

El primero estuvo casi encima de Steve antes que éste hubiera levantado el revólver. No obstante, tiró del gatillo, y el estampido repercutió allí dentro multiplicándose ensordecedoramente.

El gigante pareció tropezar contra un muro, deteniéndose en seco. No obstante, el segundo pasó tan cerca de Steve que éste notó agitarse el aire desplazado por el cuchillo.

Tuvo que moverse como una centella para esquivar la cuchillada del tercero.

La evitó sólo en parte. Notó una aguda sensación de quemadura en el costado y lanzó un grito.

Un dolor lacerante se extendió por todo aquel costado del cuerpo. Apretó los dientes y de nuevo abrió fuego.

La cara brutal del rufián estalló como una fruta podrida, salpicando la mesa y obligando al gordo a echarse atrás con una expresión de alarma en su cara de luna llena.

El tercer enemigo se había detenido a cierta distancia. La muerte de sus dos compinches no era precisamente un estímulo.

Zumeta gritó:

—¡Mátalo! ¿Qué esperas ahí, cobarde?

El hombre no se movió, pero sí lo hizo el revólver, que quedó enfilado sobre la cara del gordo.

—¡Ordénele que salga de aquí, bola de grasa, o le desparramo los sesos por todo el despacho!

—¡Nunca saldrá usted vivo de aquí!

—Tal vez no, pero usted me servirá de guía en el infierno. ¡Dígale a

su perro amaestrado que se largue!

El gordo hizo un furioso ademán con la mano y el matón salió trotando, cerrando la puerta a sus espaldas con un golpe seco.

Steve dijo:

—Ahora estoy convencido de que usted sabe más de este asunto de lo que yo me atrevía a esperar. Nuestra charla va a ser muy interesante.

—Usted es como si ya estuviera muerto.

—Aún respiro.

Apretó el gatillo. La bala se incrustó en la pulida superficie de la mesa, tan cerca del brazo derecho, que partículas de tela de su manga se hundieron con el plomo. Trató de echarse atrás, pero empezaba a invadirle el pánico.

—El siguiente disparo le entrará entre los ojos —le advirtió Steve con voz helada.

Grandes gotas de sudor bañaron el rostro del gordo. Sus ojos iban del cañón del revólver a la cara de su enemigo. Ni una cosa ni otra parecían gustarle en absoluto.

Steve mantenía los dientes apretados para dominar el dolor que sentía en el costado. Pero en aquellos momentos no podía ocuparse de su herida porque el menor descuido podía ser el último de su vida.

—Vamos, Zumeta, no perdamos más tiempo. ¿Quién hay detrás de usted?

—No le comprendo.

—Alguien maneja los hilos y no es usted. ¿Quién, Zumeta? No dispongo de tiempo que perder.

El gordo siguió transpirando a chorros. Vio tensarse el dedo sobre el gatillo y eso le decidió.

—Me dijeron que debía conseguir unos documentos... —empezó.

—¿Quiénes se lo ordenaron?

—Los propietarios del club.

—Seguimos en las mismas. ¿Quiénes son?

—Es una sociedad. Yo sólo tengo tratos con el administrador. Fue él quien me dijo lo que debía hacer.

—¿Qué le ordenó exactamente?

—Dijo que un traidor los había hecho desaparecer, que se trataba de documentos de suma importancia. Yo tengo relaciones en los

bajos fondos, así que debía buscar a alguien que rastreara a ese traidor. Se necesitan cierta clase de «relaciones» para «cribar» esta ciudad.

—Relaciones distinguidas, no me cabe duda —ironizó Steve, balanceando el revólver—. ¿Quién era el traidor que debía buscar?

—Se hacía llamar Monk Carver.

El agente secreto frunció el ceño.

—¿Seguro que es ese nombre?

—Sí.

La visión del hombre degollado surgió en su mente. De modo que aquél era el que había poseído los documentos en un principio...

—Continúe.

—No hay más. Mis hombres le localizaron, pero ya estaba muerto. Alguien le había cortado el cuello.

—Ahora diga para quién trabajaba Monk Carver antes de su traición.

—Para un consorcio muy poderoso..., hombres que significan el ochenta por ciento de las tierras del país, capitalistas extranjeros y los grandes industriales.

—O sea, los que pretenden desencadenar la revolución para recuperar el poder.

El gordo se encogió de hombros.

Sin embargo, Steve estaba perplejo.

—Eso no tiene sentido. Esos papeles estaban en manos de esos buitres en un principio...

Absurdo.

—Eso es todo lo que sé.

—Hábleme de Ritter.

—Era amigo de Mavis. Les vi juntos algunas veces, pero eso es todo. Después supe que había muerto del mismo modo que me enteré de muchas otras cosas que no me interesan particularmente.

—Me pregunto hasta dónde puedo creerle, bola de grasa, y también me preocupa lo que voy a hacer con usted ahora. Los dientes del gordo rechinaron.

—Vale más que comience a preocuparse del modo cómo va a salir de aquí, porque el revólver de poco va a servirle.

—Un revólver siempre sirve, bola de grasa, aunque sólo sea para aplastar una babosa repugnante como usted. Le advierto que si

encuentro la menor dificultad en el camino, le utilizaré de escudo. Retrocedió hasta la puerta, donde tanteó hasta hallar el tirador, cuya manija hizo girar.

Antes de salir aún dijo:

—Me ha dado algunas ideas sorprendentes con su instructiva charla. Si resultan acertadas volverá a oír hablar de mí.

—De eso no me cabe ninguna duda.

El abrió la puerta. Se volvió y dio un paso hacia afuera.

Entonces el universo entero estalló contra su nuca.

Fue un mazazo demoledor que le hundió de la vida a la muerte en una fracción de segundo.

Cuando su cabeza pegó en el suelo ya estaba inconsciente.

CAPÍTULO X

Steve intentó moverse, lanzó un quejido y volvió a caer sin fuerzas.

Notó bajo su cuerpo la dureza del cemento.

Una voz, al parecer muy lejana, dijo:

—Ya despierta. Avisa al patrón.

La cabeza comenzó a dolerle de manera abominable. Notó un principio de náuseas, y como si todo eso no fuera suficiente, el lacerante dolor del costado despertó también.

Luchó consigo mismo por abrir los ojos, pero el esfuerzo resultó igualmente baldío y desistió con otro quejido.

Así que se abandonó al dolor y a la desesperanza, negándose a pensar en nada, y menos que nada en su fracaso.

Oyó abrirse una puerta, que luego se cerró con un golpe seco.

Algo estaba royéndole el costado, algo semejante a los dientes de una bestia.

La cuchillada, pensó. Su mente comenzaba a trabajar nuevamente.

No supo si alegrarse de ello o no.

Súbitamente lo recordó todo. Se maldijo por haberse descuidado al abandonar el despacho del gordo. Eso no le llevó a ninguna parte y dejó de pensar en ello.

Todo despertaba en él, y con ese despertar notó un sabor nauseabundo en el paladar que acentuó su malestar. No supo explicarse a qué era debido. Hacía horas que no comía ni bebía. No podía tratarse de resaca.

Sentíase débil y el dolor iba en aumento. Al mismo tiempo tenía la sensación de que flotaba en un espacio neutro y silencioso.

Aquello no tenía sentido. El dolor era lógico teniendo en cuenta los golpes y la cuchillada. Lo otro no.

«¡Drogado!».

Eso era, pensó. Le habían administrado alguna clase de droga, o algún narcótico. Pero ¿por qué?

El regusto nauseabundo en el paladar le dio la explicación.

Fue como un chispazo, como una luz que brillara de pronto en medio de la niebla que enturbiaba su cerebro y se estremeció.

Entonces la puerta se abrió y cerró otra vez y alguien ordenó:

—¡Levántalo!

Unas manos grandes y rudas le obligaron a ponerse de pie, sosteniéndole para que no cayera de nuevo. Alguien acercó una silla y le dejaron sobre ella como un muñeco, traspasado de dolor mientras el abominable latido de sus sienes amenazaba reventar su cabeza.

La voz de Zumeta gruñó:

—Espero que recobres el conocimiento, Steve Crane, para que te des perfecta cuenta cuando te maten. Nadie puede hacer lo que tú hiciste conmigo y seguir viviendo. —Discursos...

Levantó la cabeza. Ante sus ojos parecía haberse extendido un jirón de niebla.

Al otro lado de la mancha podía ver la rechoncha figura del gordo escoltado por dos de sus matones. Otros dos estaban a ambos lados de la silla en que se sostenía con dificultad.

—Será un gran placer ver cómo te retuerces bajo los cuchillos —añadió el gordo con una risita.

—No puedo compartir ese placer, hijo de una hiena. ¿Qué me inyectaste, «Narcomenol»?

Zumeta empezó a reír a carcajadas. Al reír, su cuerpo envuelto en grasa se estremecía a sacudidas.

—Un derivado —jadeó—. La «droga de la verdad». Muy útil.

—¿Qué dije?

—Todo lo que yo necesitaba saber. Esta noche, nosotros recibiremos la llamada telefónica y nos encargaremos del resto.

—De modo que he revelado eso también... Mala suerte. Pero no conseguirás los documentos, bola de sebo, porque el tipo del teléfono es más listo que tú un millón de veces. No caerá en ninguna trampa.

—Eso corre de mi cuenta. ¿Cómo te sientes, héroe?

—Tu interés me conmueve...

Desalentado, miró a los hombres que le rodeaban. Los que estaban junto a él eran corpulentos, de rostros inexpresivos, y sostenían sendos cuchillos en sus manos velludas.

Zumeta dijo:

—Sólo te harán unos arabescos en el cuerpo, entrometido, los justos para oírte chillar como una comadreja. Después te matarán.

Contuvo un estremecimiento. Sabía que no tenía fuerzas ni para sostenerse de pie, mucho menos para luchar. Había perdido demasiada sangre y se sentía tan débil como un niño.

Zumeta, impaciente, ordenó:

—Empieza tú, León.

El que estaba a su izquierda se movió pesadamente. Intentó levantarse, pero el otro le sujetó por los cabellos y no tuvo ninguna dificultad en mantenerlo clavado en la silla.

León movió suavemente la mano armada. La fina hoja de acero pareció acariciarle la mejilla, pero hizo algo más que acariciarle. Abrió un surco rojo que inmediatamente empezó a sangrar y a doler como un infierno.

Steve apretó las mandíbulas. Hizo un nuevo intento para levantarse, pero sus fuerzas no le obedecieron y el rufián que le sujetaba hizo presión hacia abajo manteniéndole clavado en el asiento.

De nuevo, la mortal hoja de acero se le acercó como si quisiera hundirse en sus ojos...

No los cerró. No quería darles la satisfacción de que le vieran reflejar ningún miedo, y menos gritar.

Zumeta reía, alborozado.

Entonces sonó un estampido atronador y León dio un trágico salto, desplomándose sobre Steve y derribándole a él y a la silla en confuso montón.

Todo sucedió en fugaces segundos. Una pistola ametralladora retumbó de modo espantoso en la bóveda del sótano y un huracán de plomo se esparció en abanico segando vidas, destrozando cuerpos y sembrando la muerte entre los Secuaces de Zumeta.

Las balas aullaban al rebotar en todas direcciones, y zumbaban por encima de Steve, casi cubierto por el cadáver del verdugo.

Se mantuvo inmóvil, desbordado por los acontecimientos, sin saber si alegrarse o no por lo sucedido, porque no sabía quiénes eran los asaltantes y muy bien podía haber salido de un apuro para caer en otro peor.

Instintivamente, sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura del mismo cuchillo que le hiriera poco antes.

Entonces, abruptamente, cesaron los disparos y un silencio irreal cayó sobre él como un peso físico.

Después, alguien comenzó a gemir lastimeramente.

Irguió un poco la cabeza. Tres hombres descendían la escalera armados con humeantes metralletas.

Más cerca, el corpachón de Zumeta se estremecía a impulsos del terror. Al parecer, no estaba ni siquiera herido.

Steve se libró del peso muerto que tenía encima con grandes esfuerzos. Cuando consiguió sentarse en el suelo, los tres asaltantes le descubrieron y se detuvieron en seco, amenazándole con sus armas automáticas.

Los tres eran jóvenes, atezados y fuertes. Vestían con discreción y no parecían estar muy a gusto en aquel sótano.

Justo en aquel instante, María apareció en lo alto de la escalera. Llevaba los mismos pantalones pegados a la piel y había cambiado su blusa destrozada por otra, negra y sin mangas, que se ceñía a su busto cerrado hasta el cuello.

—¡Steve! —exclamó precipitándose escalera abajo.

Empuñaba un revólver de cañón corto.

Uno de los hombres empezaba a reconocer los cuerpos desparramados por el suelo, asegurándose de que estaban muertos.

María llegó junto a él y le ayudó a levantarse, sujetándole.

—Creí que no llegábamos a tiempo —musitó María—. Mi hombre sólo me dijo que Zumeta había capturado a un extranjero... Sólo más tarde supe que eras tú.

—Y lo has echado todo a rodar para sacarme del apuro... ¿Qué clase de agente secreto eres tú, querida?

—Tú me salvaste la vida... y algo más. Ahora estamos en paz.

—Que es tanto como decir que la próxima vez que nos enfrentemos será como enemigos. ¿Es ésa tu idea?

Ella desvió la mirada.

—Tal vez —musitó.

La voz de uno de sus hombres rompió el hechizo. Ambos se acercaron al rechoncho Zumeta, que gemía acurrucado en el suelo.

Steve le propinó un puntapié obligándole a dar la vuelta.

—¡Sucio bastardo! —Gruñó—. Debería cortarte en rodajas.

María ordenó:

—Sacadlo de aquí. Ya sabéis lo que hay que hacer.

Dos de ellos arrastraron al gimoteante Zumeta hacia la escalera. Zumeta empezó a chillar, pero un puntapié acabó con sus gritos y con algunos de sus dientes al mismo tiempo. Todos desaparecieron

escalera arriba.

Al quedar solos, Steve murmuró:

—María, no voy a preocuparme más por tu trabajo. Eres lo más hermoso que he contemplado jamás y no quiero perderte. ¿Entiendes? No me importa en qué campo estés, porque te quiero. Te quiero a ti, profundamente. Cuando estaba a punto de morir eras en lo único que pensaba...

Sus brazos la rodearon por la cintura estrechándola contra él. Sintió un latigazo de dolor y apretó los dientes cuando ella estaba susurrando:

—No nos engañemos, Steve. Cuando todo esto termine, tú volverás a tu país y yo me quedaré aquí, de modo que todo habrá terminado. Habré muerto para ti.

—¡Nunca!

—No lo digas... Bésame tan sólo.

Ella, apenas sin dejar de besarle, murmuró:

—Te curaré la mejilla..., ese corte es muy profundo. No estarás tan atractivo con una cicatriz, ¿no crees?

Volvían a besarse cuando la cuchillada de dolor en el costado fue tan violenta que se tambaleó a punto de caer. Sus labios se apartaron de la boca húmeda de ella y sus ojos se velaron.

—¡Steve! —jadeó María.

—No es nada grave..., espero.

—¡Estás herido! Tonto..., y no lo dijiste en un principio.

—Besarte era más importante.

Ella le desgarró la camisa y no pudo contener una exclamación de alarma.

—¡Grandísimo loco...!

—Ya me siento mejor. Necesitaba sentir el contacto de tus manos.

—Te han herido en la cara, en el costado; te han golpeado y casi asesinado, y todo lo que haces es besarme. Tú tenías razón. Todos estamos locos...

—Lo de la cara apenas duele.

—Vamos arriba. Trataré de curarte.

—¿Te has apoderado del local?

—Está cerrado —titubeó y añadió—: Todos están cerrados, Steve.

—¿Por qué?

Ella se detuvo en los primeros peldaños mirándole fijamente a los

ojos.

—La guerra, Steve. Empezó anoche.
Las palabras cayeron como una bomba.

—¿Cómo empezó?

—En las montañas. Los rebeldes poseen un ejército bien armado. Avanzan hacia el llano arrasando pueblos y ciudades. Si nuestra aviación no logra destruirlos a tiempo...

—¡Condenación!

—Steve, ahora necesitamos esos documentos más que nunca.
El abatió la cabeza y cuando habló lo hizo con desaliento.

—Entonces, María, debiste dejar que me mataran. Era la única manera de que pudieras haberlos obtenido, porque emplearé todos mis recursos para destruirlos.

—Nunca lo he dudado.

—¿Y...?

—Quería devolverte el favor que me hiciste al evitar que aquellos perros se ensañaran conmigo. Tú no puedes imaginar lo que se disponían a hacerme..., Steve. Bien, mi deuda hubiera sido un freno en el futuro.

—Entiendo.

—Vamos, te curaré.

—Eres una linda caja de sorpresas para mí, pequeña. Ahora quieres curar mis heridas, y si llega el caso estoy seguro que dispararás contra mí para arrebatarme esos malditos documentos. Pero hay algo que me intriga. ¿Qué sentirás si tienes que matarme? —¡Por favor, calla!

—Dímelo.

Ella no replicó y siguió subiendo. Steve fue tras ella con una extraña zozobra en su interior.

—Te he dicho que te quiero. Nunca amé a nadie como a ti, María. Abandona tus proyectos y únete a mí... Te llevaré conmigo, viviré solo para ti cuando todo esto haya terminado...

—¿Por qué no abandonas tú y te unes a nosotros?

Él se estremeció.

—Porque hacerla significaría una catástrofe, no sólo para mi país, sino a escala mundial. Esos documentos son más peligrosos que una bomba de hidrógeno. He de seguir hasta el fin.

Ella le miró tristemente.

—Si los rebeldes ganan será el fin de nuestra libertad, de nuestro futuro. Lo perderemos todo otra vez, nuestro pueblo será esclavizado y expoliado igual que lo fue durante siglos. Las riquezas de mi tierra irán a engrosar a los buitres de tu país y de los canallas que aplastan al mío... ¿Has pensado en eso alguna vez?

—Realmente, no.

—Piénsalo ahora. Ayudará a que me comprendas mejor. Cuando nos separemos esta vez, Steve, todo habrá terminado entre tú y yo. El sueño, el amor... Nos separaremos como enemigos mortales y nada podrá hacer que las cosas sean de otro modo.

—Ya veo.

—Ahora, te curaré.

Lo hizo valiéndose del botiquín del *cabaret*. Reinaba un silencio absoluto allí dentro, pero de pronto un alud de aviones pasaron rugiendo muy bajos sobre el edificio y todo se estremeció.

María se inmovilizó unos segundos, escuchando anhelante.

—¡Que Dios les ayude! —musitó con voz quebrada.

Él se levantó. Contra su voluntad notaba una gran amargura en lo más profundo de sus sentimientos.

—Gracias por todo, María. No sólo por esta cura, ni por salvarme la vida...

Ella se apartó, temblando. Tenía las manos manchadas de sangre. Se las contempló con ojos henchidos de lágrimas.

—Sangre tuya —sollozó—. Quizá no sea la última...

Giró sobre los talones y echó a correr. Un instante después él estaba solo.

Steve ahogó un rugido de ira. ¡La revuelta! Y no tenía la menor pista de los documentos. Si su comunicante fallaba, o cambiaba de idea, todo se habría perdido.

Maldijo al destino que se había complacido en colocar a la mujer más hermosa de la tierra en el campo contrario, dotándola de una lealtad que nada doblegaría jamás, ni siquiera el amor.

Otra escuadrilla de aviones rugió sobre su cabeza haciendo temblar los cristales de las ventanas.

Steve abandonó el casino. Las calles estaban abarrotadas de gentes vociferantes. ¿Es que se habían vuelto locos?

Si el enemigo desencadenaba un bombardeo sobre la capital, la carnicería sería espantosa.

Pero nadie parecía asustado. Estaban excitados, llenos de odio y ansias de revancha, reclamando armas a gritos para luchar contra las fuerzas que querían devolverlos a su estado miserable y primario.

Se encaminó al hotel. No recordaba otra ocasión en su vida que se hubiera sentido tan agotado, tan indefenso y falto de fuerzas, dominado por el sueño y el desaliento.

Cuando estuvo en su habitación se dio una ducha y fue a tumbarse sobre la cama. Instantáneamente quedó dormido bajo el embate del sueño incontenible...

* * *

Era noche cerrada cuando abrió los ojos, sobresaltado por el timbre del teléfono.

Lo descolgó de un manotazo. Aquella voz metálica y falsa que ya conocía preguntó:

—¿Tiene usted el dinero, Crane?

—Está en la Embajada, a mi disposición.

—Muy bien. Recójalo inmediatamente. Haremos el cambio esta noche.

—¿Cómo me pondré en contacto con usted?

—De ninguna manera. No soy tan tonto.

—Explíquese.

—Escuche bien, porque no repetiré una sola palabra. Llevará usted el dinero a la plaza de la Catedral. Hay un monumento en una esquina. No puede equivocarse porque no hay otro. Esperará usted al pie del monumento hasta que un hombre se le acerque. Le preguntará si es usted americano. ¿Entendido?

—Seguro.

—Si lleva usted el dinero responderá que es americano. El hombre se alejará. Usted dejará el dinero al pie del monumento y seguirá al hombre. ¿Me sigue?

—¿Tendrá ese hombre los documentos?

—Naturalmente que no. Usted podría arrebatárselos y quedarse con ellos y el medio millón. Los papeles estarán en la guantera de un coche que él le señalará. Podrá utilizar el auto para largarse, porque me temo que no encontrará usted taxis tal como están las cosas.

—Olvídelo. No hay trato, bastardo.

—¿Por qué?

—Sencillo. Ese hombre que me guiará puede indicarme el coche que usted le haya designado, pero apuesto que los documentos no estarán allí. Usted es un hijo de perra ambicioso que seguramente piensa sacar tajada de las dos partes. No nací ayer. Oyó una maldición, y debido al furor que debía dominarle, el desconocido comunicante no maldijo en español precisamente.

—Conforme —dijo la voz—. Haremos algunos cambios en el plan. No me interesa negociar con la otra parte si puedo hacerlo con usted.

—Eso puedo creerlo, porque lo más seguro es que le pagasen con un tajo en el cuello.

—Seguirá usted al hombre como le he dicho, sólo que llevando el dinero en una cartera de mano. Los documentos estarán en el coche, de modo que esa parte seguirá igual.

—¿Y después?

—Al llegar al auto, entregará usted la cartera al hombre que le haya guiado después de comprobar que los documentos están en la guantera. Eso es todo. Usted se marchará a pie y yo me llevaré el auto más tarde para que no infunda sospechas.

—Eso me parece mucho mejor.

—Ahora escuche, Crane. Sé muy bien que es usted un hombre de recursos. Quiero que sepa que estará vigilado en todo momento. Intente cualquier jugarreta y le acribillaré.

Métase eso en la cabeza si se siente héroe.

—Los héroes muertos no sirven de nada. Haré lo que usted quiere.

—Entonces, ya puede ir por el dinero. Le doy dos horas de tiempo para que se coloque en el lugar convenido.

Sonó un seco chasquido. Steve colgó pensando en otra cosa que le intrigaba; la extraña voz del comunicante. Había demasiadas cosas que le preocupaban.

Abrió el doble fondo de la maleta y extrajo una poderosa «Luger» de cañón largo, llenó el cargador y la guardó sujeta al cinto.

Antes de volver a cerrar el invisible doble fondo sacó un par de objetos más. Los repartió en los bolsillos y abandonó la habitación, sintiéndose tenso y ligero al mismo tiempo ante la proximidad de la acción que se avecinaba.

Debido a la situación de emergencia, las calles estaban a oscuras y nadie circulaba cuando Steve llegó a la plaza. También ésta era un paraje oscuro y siniestro, poblado de sombras.

Sosteniendo el asa de la gran cartera, se detuvo al pie del monumento indicado.

No tuvo que esperar mucho. Oyó unos pasos quedos y una sombra se materializó a su lado. Llevaba un gran sombrero del país que oscurecía aún más su silueta.

Una voz ronca dijo:

—¿Es usted americano, señor?

—Sí, soy americano. ¿Qué sigue ahora?

El hombre dio media vuelta sin responder y se alejó. Steve echó a andar tras él.

Recorrieron callejas estrechas y silenciosas, del tiempo en que los españoles fundaron la ciudad. Era un paseo cuyo final podía ser la muerte.

El desconocido apresuraba el paso cada vez más. Ni una sola vez volvió la cabeza.

Finalmente desembocaron en una calle más ancha.

Había algunos coches estacionados a lo largo de la acera. No muchos.

Su guía se detuvo junto a un «Mercedes» de color negro. Esperó a que Steve llegara junto a él y alargó la mano.

—La cartera —exigió.

—Espere un minuto, hasta que me haya asegurado de que los documentos están ahí.

Abrió la portezuela y se introdujo en el asiento del conductor. Buscó en la guantera.

Aquí estaban. Un sobre rígido, lleno de papeles.

—Ahora creo que juegas limpio —gruñó.

Tiró la cartera al otro, que la cazó al vuelo, abriéndola con dedos que temblaban.

Dentro, a la casi inexistente luz, vio los fajos de billetes y lanzó un suspiro.

Steve parecía encontrar dificultades en abrir el sobre. En realidad, su mano se movía bajo el asiento, como si buscara algo...

—¡Salga de ahí! Ya tiene los documentos.

Salió del vehículo. Dio un vistazo a los sellos, relieves y lacres de los papeles. Sin duda eran los que habían estado buscando.

—Aléjese.

El desconocido se deslizaba hacia el coche. Steve metió los documentos doblados en un bolsillo. Sus dientes brillaron en la oscuridad cuando sonrió y empuñó la pistola.

—¿Tienes mucha prisa? —preguntó con sarcasmo.

El hombre no se inmutó.

—No cometa una torpeza. Hay alguien apuntándole con una metralleta. Estará usted amenazado hasta que yo me haya alejado con el coche.

—No creo que haya nadie más. Ésta es una clase de partida que hay que jugarla solo o exponerse a que le corten a uno el cuello. Tú la has jugado solo. ¡No te muevas porque mi pistola está pronta disparar!

Steve añadió:

—Sé que estás armado, de modo que te mataré al menor gesto sospechoso.

—¿Piensas llevarte el dinero y los documentos?

—»Ésa es la idea general por lo menos, cochino traidor y asesino, estrangulador de mujeres... ¿Creíste que yo era idiota, Jack Ritter?

La ahogada exclamación que brotó de la oscuridad delató que había acertado.

Aquel hombre era Jack Ritter, agente como él, mucho más vivo de lo que habían sospechado hasta entonces.

EPÍLOGO

—¿Qué vas a hacer ahora, Steve?

La voz ya no sonaba deformada. Era la de un americano y hablaba en inglés.

—Debería matarte sin vacilar, porque si hago que te detengan y te juzguen, el escándalo y el descrédito caerán sobre nuestro Departamento.

—Tú no eres capaz de asesinarme a sangre fría. Te conozco bien. Todavía crees en el honor y todas esas tonterías.

—Tal vez tengas razón. Apártate de ahí.

Recogió la cartera con su mano izquierda.

—Eres un sucio asesino, Jack —masculló—. Pero creo que el mundo está volviéndose al revés y que todos los valores humanos están siendo alterados...

—¿Qué demonios quieres decir con ese discurso?

—Que voy a dejar que te largues, bastardo del demonio. Pero jamás podrás regresar a Estados Unidos porque te esperará la silla eléctrica si lo haces. Tu vida no será nada agradable de ahora en adelante.

—Eres muy generoso, ¿eh? Tus escrúpulos de conciencia me conmueven. ¿Qué debo hacer para ganarme tu indulto?

—Saca el arma que llevas y déjala caer al suelo, toma el coche y lárgate... Alguien, algún día, te dará tu merecido.

Ritter ahogó una maldición. Sacó una pistola y la dejó caer a la acera. Entonces, Steve preguntó:

—¿Sabías que esos documentos estuvieron en manos de los rebeldes en un principio?

—Fueron preparados por orden de ellos... o de sus jefes, un consorcio americano les respalda y fue quien realizó el trabajo.

—Estás loco. Esos documentos pudieron haber precipitado a Rusia contra esos rebeldes precisamente, al comprometer a nuestro país.

—Seguro. Ellos lo sabían muy bien. Sólo pensaban utilizarlos en caso de fracasar. Si eran derrotados, esos papeles habrían servido, para dos cosas. O bien para evitar que cayeran en manos de Rusia y de las Naciones Unidas, Norteamérica se volcaba a su lado, o los hacían públicos. Una especie de venganza póstuma, si entiendes lo

que quiero decir.

—Sólo que uno de sus agentes decidió que esos papeles valían una fortuna y escapó con ellos.

—Monk Carver.

—Justamente. Se puso en contacto conmigo y pidió medio millón.

—Y tú le quitaste de en medio.

—Pensé que el negocio podía realizarlo yo solo, para lo cual todo el mundo debía creerme muerto. Fue una buena idea. Hubiera salido bien de no intervenir tú.

—Todo eso podría comprenderlo en un tipo dominado por la ambición como tú. Pero asesinaste a Mavis. ¿Por qué, maldito, por qué?

—Me vio. Hubiera podido decirte que yo estaba vivo y eso lo habría estropeado todo. —Ya veo... Márchate, Bitter, antes que no pueda contenerme y te llene de plomo aquí mismo. ¡Vete!

—Sé perder, Steve. Siempre supe que tú eres mejor que yo en esta clase de trabajos...

El traidor saltó dentro del coche. El motor rugió al ponerse en marcha y luego se alejó. Él contó mentalmente, sólo que alguien le distrajo. Alguien que dijo, incrustándole una pistola en la espalda:

—¡Suelta la pistola, americano!

Se estremeció. Dejó que la «Luger» rebotara contra el suelo y murmuró:

—No contaba contigo ahora, María.

—Te mantuve vigilado en todo momento. Acabo de escuchar parte de tu charla con ese miserable. Dame los documentos y terminemos. Él se volvió. Detrás de la muchacha, dos sombras corpulentas parecían darle escolta.

—Espera —murmuró.

Consultó su reloj.

Ella exclamó:

—¡Los papeles, Steve, no me obligues a disparar!

Repentinamente hubo una tremenda explosión. Sonó como un cañonazo, no muy lejos. Un resplandor rojo se elevó por encima de los tejados y luego se apagó. —¡Steve!— jadeó María.

—Nuestro traidor asesino acaba de sufrir un accidente.

—¡Una bomba! Colocaste una bomba en su coche...

—Seguro. No podía dejar que escapara, ni tampoco podía llevarle

detenido a mi país. Si él hubiese utilizado la cabeza lo hubiera comprendido.

—Me pregunto qué tienes en lugar de corazón..., le hiciste creer que viviría...

—Olvídalo.

—Intentaré olvidarlo cuando tenga los documentos en mi poder.

Su voz amenazaba quebrarse por el llanto.

Él dijo:

—Está bien, María. Lamento haberte conocido, porque jamás podré alejarte de mis pensamientos. Pero quiero que sepas que seguiré amándote, pase lo que pase.

—Te engañas y tratas de engañarme a mí. Tú te irás si sigues vivo. Yo me quedaré aquí y todo habrá muerto entre los dos. Y ya basta de charla...

Steve sacó el sobre vacío.

Lo dejó caer al tiempo que anunciaba:

—Tengo los papeles en este otro bolsillo.

—¡Aprisa!

El sobre, al caer al suelo, produjo un rumor seco que nunca podría producir un simple trozo de papel.

El agente secreto extrajo los documentos doblados. Los contempló con pesar.

—Pude haberte matado de haberlo querido, y así me hubiera quedado con los documentos. Tienes mucho que aprender todavía para este trabajo, querida...

—¡Ya basta!

Alargó la mano izquierda para tomar los papeles.

Entonces, a sus pies, se elevó un sordo rugido y una espesa humareda pestilente.

La muchacha dio un salto atrás y comenzó a disparar al mismo tiempo. El rugido liberó una gran cantidad de gas lacrimógeno que ocultó a Steve cuando echó a correr en zigzag, huyendo de las balas ciegas que le buscaban.

Dobló la primera esquina, mezclándose con la gente que acudía a ver qué había sido aquella explosión.

No le siguieron. Tanto María como sus dos ayudantes debían hallarse muy ocupados librándose del peligroso gas que les había vencido en la batalla definitiva.

Cuando volvió a caminar por un paraje solitario, Steve pegó fuego a los fatídicos papeles y suspiró.

El caso había terminado. Había ahorrado medio millón a su país, destruido los malditos documentos..., y perdido el corazón.

* * *

La revuelta había terminado. La ciudad era un manicomio de cánticos de triunfo, de alegría por la victoria contra los que habían pretendido asaltar el poder...

Desde la ventanilla del coche que le conducía al aeropuerto, Steve contemplaba todo esto y mucho más con una amarga sensación de derrota en lo más profundo de su alma.

No encontró dificultad alguna en la aduana. Luego, cuando atravesaba el gran vestíbulo de paredes de cristal, vio a la muchacha junto a la puerta que comunicaba con la salida a las pistas.

Casi echó a correr hacia ella.

—¡María! —jadeó.

—He querido despedirme de ti, Steve...

—¡No necesitas despedirte!

Ella sacudió la cabeza.

—Quise decirte adiós... y felicitarte. Después de todo, triunfaste.

—También tu causa ganó la revolución. Ahora, ya nadie se atreverá a disputar el poder al régimen que vosotros mismos elegisteis.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Pensaré en ti, Steve.

—Yo nunca podré olvidarte.

Los altavoces anunciaron su vuelo. Los pasajeros empezaron a dirigirse hacia el avión.

Steve dijo apresuradamente:

—¡Ven conmigo, María! Renunciaré a mi puesto..., viviremos juntos para siempre.

—No puedo abandonar esto ahora. Todos somos necesarios.

—Entonces, me quedaré.

Ella parpadeó.

—¿Y qué harás aquí?

—Cualquier cosa. Trabajaré en lo que salga, pero estaré junto a ti. María, te necesito, créeme...

Una azafata llegó al trote, impaciente, indignada:

—¡Señor Crane, el avión no puede esperar más!

—¡Que se largue!

—¿Qué dijo?

—¡Que se largue al infierno! Me quedo, ¿entiende? ¡Me quedo...!

Escandalizada, la linda azafata les miró a los dos y comprendió. Una lenta sonrisa afloró a sus labios perfectos.

—Está bien, señor. Y... felicidades, señor.

Y se fue.

—¿Lo oíste?

María estaba llorando.

El la abrazó ante las miradas divertidas de la gente.

—No conseguirás librarte de mí nunca más —murmuró.

—Y tú, ¿podrás soportarme tanto tiempo?

—Si me besas, quizá pueda...

Ella le besó.

O él a ella.

Aunque para el caso es lo mismo.

Cuando el avión rugió sobre sus cabezas, elevándose, todavía estaban besándose y empezaba a formarse un corro de divertidos curiosos a su alrededor...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas)(para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron(en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.